Archivo

EL DRAMA DE LA VIDA

(MARÍA TUDOR) 1.er apunte

DRAMA TRÁGICO-HISTÓRICO

original de VÍCTOR HUGO

ADAPTADO LIBREMENTE EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR LOS SEÑORES

Mariano Laudepón y Carlos Ría-Baja

9-1

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

EL DRAMA DE LA VIDA

EL DRAMA DE LA VIDA

(MARÍA TUDOR)

DRAMA TRÁGICO-HISTÓRICO

original de VÍCTOR HUGO

ADAPTADO LIBREMENTE EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR LOS SEÑORES

Mariano Laudepón y Carlos Ría-Baja

Estrenado con grandioso éxito, por la **Compañía del eminente primer actor D. Francisco Morano**, en el TEATRO PRINCIPAL de San Sebastián, la noche del 17 de Febrero de 1912

MADRID

VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA TUDOR, reina de Inglaterra................	Amparo Fernández Villegas.
JUANA, hija de lord Talbot..	Esperanza Bedoya.
MISTRES AMY, dama de la reina....................	María Santoncha.
GILBERTO, tallista.........	Francisco Morano.
FABIANO FABIANI........	Manuel Vico.
SIMÓN BERNARD, embajador de España...........	Víctor Pastor.
EL JUDÍO.................	Adolfo Hernández del Río.
LORD CHANDOS..........	Nicolás Díaz-Perchicot.
LORD CLINTON...........	Manuel Gutiérrez.
LORD GARDINER, canciller.	Adolfo Hernández del Río.
LORD MONTAGÚ..........	Manuel Kayser.
ENEAS PAGET, condestable.	Francisco Molinero.
JOSUÉ FARNALY, llavero de la Torre de Londres....	Ernesto Alvarez.
DUVELTÓN, capitán........	Gerardo Peña.
MAC DERMOTTI..........	Patricio Redondo.
CARCELERO..............	José Marín.

Guardias, cortesanos y hombres del pueblo

La acción en Londres, año 1553

TÍTULOS DE LOS ACTOS

1.º — El hombre del pueblo.
2.º — El regalo de la reina.
3.º — El condenado, ¿cual de los dos?



ACTO PRIMERO

El hombre del pueblo

Plaza solitaria á orillas del Támesis; una pequeña muralla separa la orilla del río del pequeño caserío del primer término. A la izquierda, avanzando hasta mitad del escenario, una casuca de pobre apariencia, con puerta practicable y ventana en la fachada, frente al público. En el ángulo, empotrada en el muro, una imagen de piedra, á cuyos pies luce una lamparilla en su vasito de aceite. Al lado derecho del escenario muros derruídos, un banco rústico de piedra ó tronco de árbol. Al fondo, y al otro lado del río, se divisa entre nieblas, Londres. Entre los diversos edificios resaltan dos por lo grandes: el Palacio de Westminster y la torre de Londres.

La acción de la obra comienza al anochecer.

ESCENA PRIMERA

En el banco rústico aparecen sentados el BARÓN DE CHANDOS y LORD CLINTON; al poco rato de levantarse el telón llega, por el fondo izquierda, LORD MONTAGÚ. Todos llevan capas amplias y obscuras, evitando un contraste chillón en el tono y ambiente preciso de la escena

Chan. Tenéis razón, lord Clinton; llevamos un buen rato de espera y nuestro bailío no parece.

Clin. ¿Para qué diablos será el habérnos citado en este sitio? Parecemos conspiradores.

Chan. ¿Y no lo somos?

Clin. Yo, por lo menos, no. Respeto á la Reina.

Chan. La conjura es contra el favorito. No contra María Tudor. (Viendo entrar á lord Montagú.) Aquí está nuestro hombre.

Mont. Milores, Dios os guarde.

Clin. ¡Lord Montagú! ¿También á vos ha citado el bailío?

Mont. Por lo visto. Debe tener preparado un buen cepo... para el italiano, y quiere que gocemos *sus amigos* las primicias del espectáculo.

Clin. Veremos si le sirve para ello su encanto.

Chan. ¿Su encanto? Decís bien, milord; ese maldito extranjero ha hechizado á la Reina. Sólo en él piensa: para él sus afanes, sus agrados, sus dulzuras. A él sólo atiende, y si un día solo deja de verle, su rostro enfurece y sus ojos se amortiguan y cierran, como en aquel otro tiempo funesto en que amaba al cardenal Polús. Lo repito: ese italiano del infierno ha hechizado á la Reina.

Mont. No sería extraño. Los florentinos dicen que poseen filtros maravillosos para ello.

Clin. Cierto. Yo he oído decir que los españoles son diestros en componer venenos que matan sin dejar huella; los italianos en fabricar—venenos también—que les entrega el corazón de la mujer que apetecen.

Chan. Fabiani, pues, debe ser español y florentino, porque la Reina esta enamorada y enferma.

Mont. En realidad, milord, ¿de dónde es?

Chan. Nació en Florencia, pero fué educado en España. El dícese enlazado con familia española, de abolengo real, supercheria indigna; pero, en verdad, yo os digo que es un aventurero.

Mont. ¿Y vos, Clinton, decís que María Tudor, nuestra Reina, está enferma? Quizá sea cierto, pero es su enfermedad bien extraña, puesto que ella no le impide llevar vida alegre y disipada...

Clin. ¿Vida alegre? ¡Vida escandalosa! Mientras ella ríe su pueblo desfallece, y en tanto que Londres se llena de mendigos, su amante se ve colmado de riquezas; le ha hecho conde de Clambrasil, le ha dado los bienes de lord Talbot... es par de Inglaterra como vos,

como yo, como el Rey, y tiene la Jarretierra. . ¿Qué mayor tirano que éste, que desde su lecho nos gobierna? Jamás sufrió Inglaterra yugo tan horrible. Hay en Tiburn sesenta horcas nuevas que nunca cesan en su trabajo; todas las mañanas se afila la espada del verdugo; no hay día que no se corte una cabeza hidalga. Ayer le tocó á milord Blantire, hoy á Noster, la semana próxima á vos y la siguiente... á mí. Es horroroso pensar que ese miserable, que ni siquiera es inglés, derrama á su antojo la sangre inglesa. ¿Vida alegre? ¡Infame!... ¡mil veces infame! que mientras ellos gozan hace el verdugo huérfanos y viudas. ¡Oh! Cuántas veces, aun exponiéndome á recoger el fruto de su cólera, he estado á punto de gritar: «¡Señora, Reina mía, volved en vos; menos júbilo en vuestra cámara y menos duelo en nuestros hogares; menos farsantes á vuestro lado y menos verdugos al nuestro; menos teatros en Westminster y menos cadáveres en Tiburn!»

Mont. Silencio, lord Clinton... alguien puede oiros, y no olvidéis que todos somos súbditos leales. ¡Nada contra la Reina, todo contra el favorito!

(Clinton va á contestar, cuando se encuentra con Simón Bernard, que salió por el fondo momentos antes, y le dice:)

Simón ¡Paciencia, milord... paciencia!

Clin. ¿Sois vos?

Chan. Ya desconfiábamos de que viniérais...

Simón Por eso sin duda se exaltaba lord Clinton... ¡Paciencia... todo llegará!... ¡paciencia!

Clin. ¿Paciencia? Vos podéis decirlo; vos, Simón Bernard, bailío d'Amont en el franco condado; súbdito del Emperador Carlos V, su delegado en Londres, representando aquí al Príncipe de España, futuro marido de la Reina nuestra. Podéis decirlo, porque sois sagrado; Fabiano es para vos lo que para la oveja el pastor; para nosotros, lo que el carnicero. Grande es la diferencia.

Simón ¿Creéis, milord, que me molesta menos que á vos ese hombre? Vosotros teméis por vuestra vida, yo por mi crédito; muestro

menos cólera, pero quizá le aborrezca más; por eso pido calma. Yo aniquilaré al favorito. Debo cumplir mi embajada...

Mont. ¿Cómo? Días enteros llevo pensando en un medio seguro de suprimir al italiano...

Simón Mejor consejera es la noche, Milord. Fijaos en esta. ¿No os parece excelente para ocultar famosos pensamientos?

Chan. ¿Qué intentais? Acaso... ¡Oh!, ¿para esto noshabéis citado?...

Simón ¡Quizás! Pudiera ser que esta noche, viéramos por aquí, sucesos extraños... Haced cuenta, Milores, que nada previne; la casualidad nos ha reunido. Cada cual á su sitio y esperemos... la planta de Fabiani, dejará huella... que nos le entregue.

Chan. Dios os oiga, señor..., pero ello ha de ser pronto. Mañana decapitan á Tyrconel...

Simón ¡Bah! Si esta noche... encontramos al hombre que busco..., pudiera ser que Tyrconel, cenase mañana con nosotros.

Clin. ¿Y Fabiani..., entonces?

Simón ¿Tenéis buena vista, Milord?

Clin. Excelente.

Simón ¿Veis Londres, al otro lado del río?

Clin. A pesar de la niebla que lo envuelve, le veo.

Simón Mirad con atención. Descúbrese desde aquí, lo alto y lo bajo de la fortuna de todo favorito..., ¡ja, ja! Westminster, el palacio y la torre de Londres.

Clin. Bien; ¿y qué?

Simón En este momento hay allí, en el palacio, un hombre de todos aborrecido, si Dios nos ayuda, mañana á estas horas estará en la torre.

Clin. ¡Así sea!

Mont. ¡Así sea!

Chan. Estamos á vuestra disposición Milord bailío. Somos vuestros.

Clin. ¿Qué debemos hacer?

Simón Por ahora nada. ¿Véis esta casa? (La de Gilberto.) Es la de un escultor llamado Gilberto... Diseminémonos por aquí, alrededor de su vivienda, pero sin alejarnos mucho, de modo que no la perdamos de vista. Sobre todo no hagais nada sin mí. Gente se acerca. Si-

lencio y cada cual á su puesto... ¡Si el cielo me ampara... Fabiani, mi astucia podrá más que la tuya!... (Todos se alejan por distintos lados.)

ESCENA II

JUANA, GILBERTO y JOSUÉ FARNALY

Juana sale apoyada en el brazo de Gilberto, en dirección á la casa. Josué les sigue envuelto en su capa

Farn. Ya llegásteis á vuestra casa y os dejo. Es preciso que vuelva á la torre. No soy libre como vosotros y mis salidas no pueden durar mucho. El llavero de una cárcel, es, hijos míos, un prisionero más. Ea, adiós. Hasta mañana..., y dime, Gilberto, ¿cuándo es la boda? Necesito tiempo para preparar mi regalo.

Gilb. (Riendo.) Dentro de ocho días.

Farn. Sed muy felices. Tanto como yo quisiera serlo.

Gilb. Como tú deseas... Siempre tus continuas tristezas. ¿Qué motivo tienes para no ser feliz?

Farn. Dices bien; ninguno. No hagas caso. Melancolías de viejo. Recuerdos añosos de mejores épocas. ¡La edad! He vivido mucho, por mi corazón ha pasado todo; hoy estas llaves que con su ruido parecen continuar los quejidos y lamentos que escucho en la torre, me sugieren pensamientos casi filosóficos. Y eso que mi alma está bien templada á los horrores. Baste decirte, que serví á Enrique VIII. ¡Aquél rey singular que cambiaba de mujer como de vestido—y tenía famoso guardarropa—aquél rey, ante cuya crueldad, Barba Azul, era modelo de buenos sentimientos; que me batí, contra los partidarios del Papa, pero nada hay comparable á esta quietud y completo mutismo. ¡Carcelero de la torrre de Londres! No comprendes la tristeza que envuelve este título...

Duques y príncipes están bajo mi llave. Tengo un pié en el calabozo y otro en el sepulcro... Menos mal que como compensación á estas negruras, tengo una hija á quien adoro, y... os tengo á vosotros. Cuando estoy á su lado ó al vuestro... sí, soy feliz.

Gilb. Piensa más en tu Jacoba y en nosotros y verás cómo tus tristezas desaparecen completamente. Además, tu cargo no es tan despreciable... En tu torre, eres el rey... ¿Verdad, Juana? (Gilberto dice esto riendo, para distraerle. Juana apenas escucha la conversación.)

Farn. Sí, un soberano... por todos odiado; una especie de Fabiani. No te ofrezco mi influencia, hijo, porque afortunadamente no sirve para nada. No eres un gran señor para necesitarme, pero si alguna vez... ocurriese... sabría pagar mi deuda contigo. Por hoy Juana se encargará del pago, ya que ella como yo te debemos la vida. Ella era una criatura huérfana y abandonada; y tú la recogístes y la educaste; yo me ahogaba en el Támesis y tus brazos vigorosos me salvaron. En deuda aún estamos los dos.

Gilb. ¿Por qué hablar siempre de lo mismo?

Farn. Porque es deber nuestro quererte: yo como hermano... ella como esposa. ¿No es cierto, Juana?

Juana Sí; verdad, verdad, Josué.

Farn. Y basta de charloteo.., hasta dentro de ocho días que vendré á la boda. Supongo que los negocios de estado me dejarán entonces un poco de libertad y que ya habrá concluído todo.

Gilb. (Con sorpresa.) ¡Cómo! ¿Qué es lo que habrá concluído?

Farn. ¡Ah!, es verdad que tú no te ocupas de estas cosas: estás enamorado y además no eres noble. ¿Qué te han de importar las intrigas de allá arriba, siendo tan feliz por aquí abajo?... Pero ya que me preguntas, has de saber que se espera de un momento á otro, quizás antes de veinticuatro horas, que Fabiano Fabiani deje su puesto cerca de la reina.

Gilb. ¿Y quién es ese?

Farn. El amante de la reina; un favorito muy guapo que le corta la cabeza al que se le antoja. Si lo que se dice es cierto, va á ser la cabeza más hermosa que de diez años á esta parte toque el verdugo Mac Dermotti. Y ya sabes que el verdugo tiene diez escudos de oro por cada cabeza de gran señor que corta, y doble si la cabeza es de un lord ó de un príncipe.

Gilb. Dejemos á los lobos que se devoren unos á otros. ¿Qué nos importa á nosotros la reina y su favorito?

Farn. A mí sí me importa. ¡Oh! Hay una conspiración contra Fabiani tan terrible que ya no se podrá considerar dichoso si consigue escapar. Nada de extraño tendría que esta noche tuviese algún tropiezo, porque acabo de ver dando vueltas por ahí á Simón Bernard y... parecióme pensativo.

Gilb. ¿Quién es ese Simón Bernard?

Farn. Es el brazo derecho del emperador Carlos V, en Londres. La reina ha de casarse con don Felipe, príncipe de España, y Simón Bernard es el delegado del príncipe cerca de ella. La reina le odia, pero le teme y nada puede contra él.

Gilb. ¡Qué bien sabes de corrido todas esas cosas!

Farn. ¡Por Dios vivo! A fuerza de oir hablar á los presos de Estado. (Simón en el fondo.) Gilberto, el hombre que conoce mejor la historia de estos tiempos es el llavero de la Torre de Londres.

Simón (Desde el fondo, que ha oído estas últimas palabras se acerca á Josué.) Os engañáis, amigo mío, es el verdugo. Pero me parece que estáis haciendo falta en vuestro puesto.

Farn. ¡Milord Simón Bernard! (Bajo á Gilberto y Juana.) ¡Retirémonos! (Simón se aleja lentamente.)

Gilb. ¿Qué gentes son esas que andan rondando mi casa?

Farn. No les temas, esos no te buscan á ti: pican más alto. Me voy, porque me parece que me están preparando trabajo. Adiós, Gilberto; adiós, Juana.

Gilb. Pero oye, ¿qué es lo que ocultas bajo tu capa con tanto cuidado?

Farn. ¡Ah! (Riendo.) Yo también tengo mi complot.

Gilb. ¿Qué complot?

Farn. ¡Ah! Los enamorados todo lo olvidan. Pasado mañana es día de Reyes. Los cortesanos preparan una sorpresa á la reina; yo, por mi parte, preparo también la mía, ¡para mi hija! (Saca una muñeca de debajo de la capa.) Adiós, amigos míos.

Gilb. Adios, Josué. (Josué se va. Gilberto coge la mano de Juana y la besa apasionadamente.)

ESCENA III

GILBERTO y JUANA

Gilb. También es preciso que yo me vaya. Adiós Juana, que duermas bien.

Juana ¿No entras en casa como otras veces?

Gilb. No puedo; esta noche he de concluir una obra en mi taller: un mango de puñal para un tal lord Clambrasil, á quien no conozco, y que me lo han pedido para mañana por la mañana.

Juana Entonces buenas noches; hasta mañana.

Gilb. Todavía un momento. ¡Qué trabajo me cuesta separarme de ti, aunque no sea más que por algunas horas! Pero es preciso que me vaya á trabajar. ¡Somos tan pobres! Y sin embargo, soy tan débil, que no tengo fuerza de voluntad bastante para marcharme en seguida...

Juana ¡Qué bueno eres! ¡Todo te lo debo! Desde hace diez y seis años tus brazos trabajan para mí como los de un padre. Cuanto poseo me lo has dado tú; cuanto soy es obra tuya; por mí te quitas la vida, te matas, Gilberto. Quisiera poder besar la tierra que pisas.

Gilb. (Con desconfianza.) ¡Juana! ¿A qué viene ahora?... ¿No me amas?

Juana Sí... ¡te debo tanto...!

Gilb. ¡Bah! ¡gratitud, reconocimiento...! Yo no hago caso de esas cosas... Cariño, sólo cariño de amante es lo que quiero. Hace diez y seis

años que eres mi hija, yo te adopté; ahora vas á ser mi mujer. Cuando consentiste en ello, me amabas, ó al menos lo dijiste. Pero de algún tiempo acá has cambiado, sobre todo desde hace tres semanas que mi trabajo me obliga á ausentarme por las noches. Juana, yo quiero que me ames, lo necesito, ¿oyes? Tú tan alegre antes, estás ahora triste y pensativa... ¿qué tienes? ¿Es que ya no me amas? Cierto es que soy un hombre de bien, un artesano honrado pero te juro que quisiera mejor ser un asesino ó un ladrón con tal de que me amases...

Juana (Llorando.) ¡Gilberto!

Gilb. ¿Estás llorando? Llorando de alegría, ¿verdad? Necesito creerlo así. Oye, Juana. Ríete de mí si quieres; soy un loco, un celoso, pero no te ofendas. Hace algún tiempo que veo á algunos señores rondar la casa: tengo ya treinta y cinco años. . ¡Es una fatalidad para un pobre como yo, que no es joven y hermoso, amar á una muchacha de diez y siete años, bella, encantadora que atrae á sí á los jóvenes y brillantes caballeros de la corte como la luz á las mariposas!... Yo sufro mucho... pero no te ofendo nunca en mi imaginación... Solamente me digo: ¡Dios mío! ¿por qué no soy joven, noble y rico como esos?... ¡Cuánto les aborrezco á todos! Paso mi vida cincelando puños para sus espadas, cuyas hojas les hundiría en el pecho.

Juana ¡Gilberto!

Gilb. Perdona, Juana. ¿El amor hace á los hombres malvados?

Juana No, por el contrario, los hace buenos. ¡Tú lo eres tanto!

Gilb. (Con entusiasmo.) ¡Cuánto te quiero!... Perdóname... es tarde y es preciso que me vaya... Entra en casa, ¿no tienes la llave?

Juana No, todo el día de hoy la he buscado inútilmente; debo haberla perdido.

Gilb. Toma la mía y adiós. Hasta mañana. Acuérdate de que hoy todavía soy tu padre y dentro de ocho días seré tu marido.

Juana (Aparte.) ¡Mi marido! ¡ah! no; no seré yo quién consienta tal crimen...

Gilb. (Besándola en la frente.) Adiós.

(Juana entra en la casa. Gilberto va á marcharse y le detiene el Judío que entra por foro derecha.)

ESCENA IV

GILBERTO y un JUDÍO

El Judío va envuelto en una capa con gorro amarillo en la cabeza

Judío No te retires aún. ¿Me conoces?

Gilb. Sí, te conozco; eres el pobre judío que desde hace algunos días andas por estos contornos. Pero, ¿por qué me detienes?

Judío Porque tengo que decirte algo muy importante.

Gilb. (Impaciente.) Escucho.

Judío Sólo dos palabras. Hace dieciséis años, la misma noche en que fué decapitado Lord Talbot por crimen del papismo y de alta traición, sus partidarios fueron aniquilados por completo en Londres por los soldados de Enrique VIII; toda la noche duró el fuego en las calles. Esa misma noche, un joven artesano, que se preocupaba más de su trabajo que de la guerra, velaba en su tienda... la primera á la entrada del puente de Londres... Serían las tres de la madrugada, cuando llamaron á la puerta del artesano, por cuyas rendijas se dejaba ver alguna claridad; abrió éste y entró un desconocido. En sus brazos llevaba una criatura en mantillas, que lloraba de espanto. El hombre la dejó sobre la mesa y dijo: «Ahí tenéis una criatura huérfana.» Después salió cerrando tras sí la puerta. El artesano, que tampoco tenía á nadie en el mundo, adoptó primero, educó más tarde y amó finalmente á aquella pobre criatura que la guerra civil había arrojado en su tienda. Todo lo olvidó por ella: su juventud, sus distracciones, sus placeres; y hace dieciséis años que dura todo esto. Gilberto, tú eres el artesano; la criatura...

Gilb. (Interrumpiendo.) Es Juana. Todo cuanto has dicho es verdad, ¿pero dónde vas á parar?

Judío Se me ha olvidado decirte que á los pañales de la criatura había prendido con un alfiler un papel que decía: «Tened piedad de Juana.»

Gilb. Ese papel estaba escrito con sangre; lo conservo y siempre lo llevo conmigo. Pero no me tortures más; dime á qué conduce este recuerdo.

Judío Te lo voy á decir. ¡Gilberto, vigila esta noche tu casa!

Gilb. ¿Qué quieres decir?

Judío Lo que he dicho. No vayas á trabajar, quédate por estas inmediaciones, vigila. No soy amigo ni enemigo tuyo, pero te doy este consejo. Ahora déjame; es preciso, no discutas; vete por ese lado, no te alejes mucho .. y acude si oyes que te llamo. ¿Consientes?

Gilb. Sí.

Judío Pronto, que vienen...

Gilb. ¿Qué significa esto? (Sale.)

ESCENA V

El JUDÍO solo

Judío Todo se prepara bien. Necesitaba un hombre joven y robusto que me auxiliara en caso necesario. Este Gilberto es apropósito... Si no me engaño, oigo ruido de remos, y el son de su mandolina, él es...

(Oyese á lo lejos la voz de Fabiani que acercándose canta acompañado de la mandolina.)

Fab. Cuando dichoso, hacia tus brazos corro,
el pensamiento fijo en tus encantos
y en los ardientes besos, que tu boca
con avariento fuego da en mis labios...,
no me cambio *fanciula* encantadora
—pues de tu amor al fin, soy soberano—
por todos los monarcas de la tierra...
¡Qué trono comparable á tu regazo! (Pausa.)

Judío Ya desembarca. Bien. Despide al gondolero Ya está ahí. (Fabiani entra embozado en su capa y se dirige á la casa.)

ESCENA VI

JUDÍO y FABIANI

Judío Una palabra, caballero.

Fab. ¿Es á mí?... ¿Quién eres?

Judío Quien vos queráis que sea.

Fab. Ese farol alumbra mal, pero distingo que llevas el gorro amarillo que usan los judíos... ¿Lo eres?

Judío Lo soy; y tengo que hablaros.

Fab. ¿Cómo te llamas?

Judío Permitidme que conserve la ventaja de saber yo vuestro nombre y que vos no sepais el mío.

Fab. ¿Sabes mi nombre? ¡Es curioso, curiosísimo! (Se desemboza dejando ver rico traje de corte y se acerca al Judío.)

Judío En Nápoles os llamábais signor Fabiano, en Madrid don Fabián, en Londres os llaman Lord Fabiano di Fabiani, conde de Clambrasil.

Fab. ¡El diablo te lleve!

Judío ¡Y á vos os guarde!

Fab. Judío; entiende bien que cuando voy de noche, no me gusta que nadie sepa mi nombre...

Judío Sobre todo yendo á donde vais.

Fab. ¿Qué quieres decir?

Judío ¡Si la reina lo supiese!

Fab. ¿Qué dice este hombre?

Judío Milord; vais á casa de la bella Juana, la prometida de Gilberto el tallista.

Fab. (Aparte.) ¡Maldito! (Alto.) ¿Y tú cómo sabes?...

Judío ¿Queréis que os diga más? Habéis seducido á esa muchacha y en el espacio de un mes os ha recibido diez noches en su casa; esta es la décima: os está aguardando.

Fab. Basta... Quieres dinero por tu silencio, ¿verdad? Debí presumirlo... ¿Cuánto quieres? Dilo...

Judío Ya hablaremos de eso... ¿Queréis que os diga ahora, Milord, por qué habéis seducido á esa muchacha?

Fab. ¡Vive Dios!... Porque estoy enamorado de ella.

Judío No estais enamorado.

Fab. ¿Que no estoy enamorado de Juana?

Judío Lo mismo que de la reina; vuestro cerebro domina el corazón.

Fab. ¡Ah, pícaro; tú eres mi conciencia en traje de judío! (Riéndose.)

Judío Y por eso voy á repetir en alta voz lo que muy bajito os dice alguna vez vuestra conciencia. «Fabiani, tú eres el favorito de la reina, ella te ha dado la jarretierra, el condado, la señoría; cosas huecas todas: para tí, la jarretierra, es un andrajo; el condado, una palabra; la señoría, un derecho para que te corten la cabeza; necesitabas otra cosa: cuantiosas rentas en libras esterlinas. El Rey Enrique VIII había confiscado los bienes de Lord Talbot, decapitado hace dieciséis años, y has logrado que la Reina te dé esos bienes, pero para que esta donación sea válida es preciso que Lord Talbot haya muerto sin sucesión, porque como Lord Talbot era papista y murió por la reina María, papista también, si existiera un heredero ó una heredera, la Reina te quitará los bienes, para devolverlos á aquel ó á aquella, por justicia, por reconocimiento, por identidad de religión. Estabas muy tranquilo por este lado; Lord Talbot no había tenido más que una hija que en la época de la ejecución de su padre había desaparecido de la cuna y á la que se creía muerta; pero tus espías han descubierto que en la noche en que Lord Talbot y sus partidarios fueron exterminados por Enrique VIII, había sido depositada misteriosamente una criatura en casa de un artesano tallista del puente de Londres y que era probable que aquella criatura á la que se le dió el nombre de Juana, fuese Juana Talbot, la hija que desapareció en la época de la muerte de su padre. Es verdad que faltaban las pruebas auténticas de su nacimiento, pero podían encontrarse de un momento á otro, y en este caso te sería muy duro verte un día forzado á devolver á una

muchacha la hermosa ciudad de Shersbury Wexfford y el magnífico condado de Waterford. ¿Qué hacer? ¡Pronto has encontrado el medio de destruir y reducir á la nulidad á esa muchacha! Un hombre de energía la hubiera hecho envenenar ó dar de puñaladas; tú más noble y más distinguido, encontraste mejor solución: la has deshonrado.

Fab. ¡Miserable!

Judío Cuidado, Milord, que no soy yo; es vuestra conciencia quien os habla. Quedamos en que era la conciencia. (Pausa.) La reina es hipócrita; aunque os tiene por amante finge ser virtuosa, está enferma, puede morir y entonces vos, su favorito, caereis arruinado sobre su tumba. Podían encontrarse las verdaderas pruebas de la existencia de esa joven y en este caso, deshonrada por vos, Juana sería reconocida por la heredera de lord Talbot. Y vos habeis previsto este caso; os habeis hecho amar de ella lo cual no os ha sido difícil; se ha entregado á vos y lo peor que pudiera sucederos sería casaros con ella. No negueis la invención de este proyecto, Milord, que á mí me parece tan sublime, que si no fuera yo quién soy, querría ser vos.

Fab. Gracias.

Judío Con destreza habeis manejado la intriga; para estar á cubierto por parte de la reina, habeis ocultado vuestro nombre: la pobre muchacha cree que su seductor es un caballero de Sommorset llamado Amyas Pawlet.

Fab. (Aparte.) ¡Este hombre penetra en el fondo de los corazones. (Alto.) Pero, dime, ¿qué es lo que quieres?

Judío ¿No es verdad, Milord, que si alguien poseyera los papeles en que se hace constar el nacimiento, la existencia, el derecho de la heredera de Talbot, vos seríais pobre, pobre como un ascendiente del patriarca Job, y no os quedarían otros palacios que los que teneis en España, es decir en vuestra imaginación, lo cual es muy contrario á vuestros planes?

Fab. Sí; pero esos papeles no los tiene nadie.

Judío ¿Y si alguien los tuviera?

Fab. ¿Quién?

Judío Yo.

Fab. Bah, tú, ¡miserable! Es falso, es imposible; judío que habla, boca que miente.

Judío Yo tengo esos papeles.

Fab. Mientes... ¿dónde están?

Judío En mi bolsillo. Aquí.

Fab. No lo creo... ¿están en regla? ¿no les falta nada?

Judío Nada absolutamente.

Fab. Entonces, dámelos; los necesito.

Judío Poco á poco.

Fab. Judío, dame esos papeles.

Judío Estaría gracioso... Judío, mendigo despreciable que vas de calle en calle y de puerta en puerta, ¡dame la ciudad de Shersbury, el condado de Waterford, dame, por Dios, esos millones de limosna!...

Fab. Esos papeles para ti no son nada, para mí lo son todo

Judío Simón Bernard y Lord Chandos me los pagarían muy bien.

Fab. Simón Bernard y Lord Chandos son dos bribones, entre los cuales, yo te haré ahorcar!

Judío ¿No me decís nada más? Pues adiós. (Disponiéndose á alejarse.)

Fab. (Deteniéndole.) Ven acá. ¿Qué quieres por esos papeles?

Judío Una cosa que llevais encima.

Fab. ¿Mi bolsillo?

Judío ¡Qué disparate! ¿Queréis vos el mío?

Fab. Entonces ¿qué?

Judío Un pergamino que no abandonais nunca, firmado en blanco por la reina y en el que jura, por su corona, conceder al que se lo presente, la gracia que se la pida. Dadme esa firma en blanco y os doy los títulos de Juana Talbot: papel por papel, Milord.

Fab. ¿Y para qué lo quieres tú?

Judío Oid, aquí se juega limpio. Yo soy uno de los principales banqueros de la calle de Kautersten, de Bruselas; tengo por oficio, dar dinero á préstamo. Hace dos meses ha

muerto uno de mis deudores sin pagarme: era un antiguo criado de Lord Talbot que logró salvarse y dejó á su muerte sólo cuatro harapos, de que yo me apoderé. Había entre ellos una caja que contenía unos papeles: eran los de Juana Talbot con toda su historia detallada y apoyada en pruebas irrefutables. La reina de Inglaterra acababa de daros los bienes de esta huérfana y precisamente necesitaba yo á la reina de Inglaterra para un préstamo de diez mil marcos de oro. Pensé que podría servirme de algo y he venido á Inglaterra bajo este disfraz y yo solo, por mí mismo, he espiado vuestros pasos y los de Juana. Así he descubierto todo lo que os he dicho y aquí me teneis. Si me dais la firma en blanco de la reina, sereis dueño de los papeles de Juana Talbot. Encima de esa firma pondré que ella me dé los diez mil marcos de oro; algo me deberíais por el corretaje, pero no quiero reñir; me basta con los diez mil marcos. A vos no os pido la suma porque solo una testa coronada es capaz de pagarla. Esto es hablar sin rodeos: dos hombres hábiles como vos y yo no ganarían nada engañándose el uno al otro.

Fab. Es imposible; yo no puedo darte esa firma, ¡diez mil marcos de oro! ¿qué diría la reina? Además, yo puedo caer en desgracia cualquier día y esta firma en blanco es lo único que salvaría mi cabeza.

Judío ¿Y á mí qué me importa tu cabeza?

Fab. Pídeme cualquiera otra cosa.

Judío Esa es la que quiero y nada más.

Fab. Judío, dame los papeles de Juana Talbot.

Judío Milord, la firma en blanco de la reina.

Fab. (¡Maldito judío! ¡Es preciso ceder!) (Saca del pecho un pergamino.) El pergamino. (Sin soltarlo y receloso.)

Judío Los papeles. (Igual juego.)

Fab. Cambiemos.

Judío Cambiemos. (Se acercan al farol. Fabiani puesto detrás del Judío le presenta con la mano izquierda el pergamino delante de los ojos; el Judío lo examina leyendo:) «Nos, María Tudor, reina...» Está

bien. Milord, ya veis que soy de vuestra escuela, todo lo he calculado, todo lo he previsto.

Fab. Menos esto. (Saca un puñal con la mano derecha y le da una puñalada.)

Judío ¡Traidor!... ¡Socorro! (Cae; al caer arroja detrás de sí, hacia lo oscuro un paquete cerrado.)

Fab. (Inclinándose sobre el Judío.) Creo que le he matado... en efecto... pronto... á ver esos papeles. (Registrándole.) Pero... nada... no lleva nada encima... ningún papel.. ¡judío infame!... Mentía... me engañaba... ¡Bah!... un crimen inútil .. Así es esta gente: la mentira y el robo... Es preciso que desaparezca de alguna manera este cadáver... (Yendo hacia el fondo.) ¿Estará aun el gondolero? ¡El podrá ayudarme! El Támesis, guarda bien los secretos. Veamos. (Baja y desaparece detrás del paredón.)

Gilb. (Entrando por el lado opuesto.) Me parece que he oído gritos. (Ve el hombre tendido bajo el farol.) ¡Dios mío! un hombre... ¿herido?... ¡muerto!... ¡El judío!

Judío ¡Ah!... llegais ya tarde, Gilberto. (Señalando al sitio hacia donde tiró el paquete.) Recoge ese paquete: son los papeles que demuestran que que vuestra prometida Juana es hija y heredera de Lord Talbot... Guárdalos... Mi asesino es Lord Clambrasil... el favorito de la Reina,.. é!.. ¡ah!... me ahogo... me muero... Gilberto... véngame... y ¡véngate!... (Muere.)

Gilb. ¡Pobre hombre!... ¿Que me vengue?... ¿Qué quiso decir?... Juana, hija de lord Talbot... Lord Clambrasil... el favorito de la Reina... ¡Oh!.. ¡mi cabeza se pierde!... (Sacudiendo el cadáver.) Habla, habla, una palabra más... ¡Ah! ¡está muerto!

ESCENA VII

GILBERTO y FABIANI

Fab. (Volviendo.) ¿Quién va?

Gilb. Acaban de asesinar á un hombre.

Fab. No; á un judío.

Gilb. ¿Y quién le ha matado?

Fab. ¡Pardiez! vos ó yo.

Gilb. ¡Caballero!

Fab. No hay testigos. Aquí no hay más que un cadáver y dos hombres á su lado, ¿cuál de los dos es el asesino? Nada prueba que sea el uno mejor que el otro.

Gilb. ¡Miserable! Sois vos el asesino.

Fab. Supongamos que lo sea...

Gilb. Voy á dar parte á la justicia.

Fab. Lo que vais á hacer es ayudarme á echar este cadáver al agua.

Gilb. ¡Qué descaro!

Fab. Buen hombre, creedme: borremos de aquí todo indicio; os interesa á vos más que á mí. Uno de los dos le ha asesinado. Yo soy un gran señor, un noble; vos un cualquiera un obrero, un hombre del pueblo. El hidalgo que mata á un judío en Inglaterra paga cuatro sueldos de multa, bien lo sabéis; el plebeyo que mata á otro plebeyo es ahorcado.

Gilb. ¿Y os atreveríais?...

Fab. Si me denuncias, te denuncio; á mí se me creerá mejor que á ti, y en todo caso el castigo es desigual: cuatro sueldos de multa para mí, para ti la horca. ¡Elige!

Gilb. ¡Ni un testigo!... ¡ni una prueba!... ¡Oh... el miserable me tiene cogido, no hay duda!

Fab. ¿Me ayudais á arrojar el cadáver al río? ¿Sí ó no?

Gilb. ¡Ah! ¡sois el demonio!

Fab. Sí... (Toman el cuerpo entre los dos y lo llevan hasta el paredón.) A fe que ahora, amigo mío, no sé cual de los dos ha asesinado á este hombre. (Bajan por detrás del paredón. Se oye caer el cuerpo al agua.)

Fab. Ya está. Buenas noches, compañero; idos á vuestros quehaceres. (Se dirige hacia la casa y se vuelve viendo que Gilberto le sigue.) ¿Qué es eso? ¿qué queréis? ¿algún dinero por el trabajo? En conciencia no debería daros nada, pero tomad. (Le da la bolsa á Gilberto, cuyo primer movimiento es de rechazarla, pero luego la toma, como meditando que pueda servirle en su día como prueba.) Ahora id con Dios; vamos, ¿qué aguardais?

Gilb. Nada. Estoy mudo de estupor.

Fab. Bien; quedaos ahí si queréis. El fresco de la noche os servirá de mucho. Dios os guarde. (Se dirige á la puerta de la casa, disponiéndose á abrirla.)

Gilb. ¿Adónde vais?

Fab. ¡Pardiez! á mi casa.

Gilb. ¿Cómo á vuestra casa?

Fab. Sí; á mi casa.

Gilb. ¿Quién es el que sueña de los dos? Hace un instante me decíais que yo era el asesino del judío; ahora que esa es vuestra casa.

Fab. O la de mi amante; es igual.

Gilb. Repetid lo que acabais de decir.

Fab. Por lo visto sois tardo de oído; nada de lo que os digo os convence hasta la segunda vez. Repito que esta casa es la de una bella chiquilla llamada Juana y que ese querubín es mi amante.

Gilb. ¡Y yo, Milord, digo que mentís como un villano! digo que sois un impostor, un asesino; que vuestra madre fué azotada por el verdugo en la plaza pública, y que voy á coger vuestra cabeza entre mis manos para arrancaros esa lengua infame.

Fab. (¿Qué diablo de hombre es este?) ¿Quién eres?

Gilb. Soy Gilberto, el tallista, y Juana es mi prometida esposa.

Fab. ¡Ah! Pues yo soy el caballero Amyas Pawlet y Juana es mi amante.

Gilb. ¡Mentís en todo, mentís, cobarde; vos sois lord Clambrasil, el favorito de la Reina. Imbécil, ¿creéis que lo ignoro?

Fab. Pues señor, esta noche todo el mundo me conoce.

Gilb. Sí, te conozco, el corazón me acusa tus vilezas... y ahora mismo vas á probarme que Juana no es tu amante, y si no lo pruebas, aquí mismo te arranco el corazón.

Fab. ¿Conocéis su letra? (Saca un papel.) Lee. (Gilberto, con temblor convulsivo, desdobla el papel.)

Gilb. (Leyendo.) «Estaré sola esta noche, podéis venir.» ¡Maldición! ¡Vos sois quien ha deshonrado á la mujer que yo adoro!... ¿Vos? ¡Infame!... ¡canalla!... ¡infame!... Un infame... sí,

sí, Fabiano Fabiani; me darás una satisfacción.

Fab. Dispuesto estoy á ello. ¡En guardia!

Gilb. ¡Oh!... ¡nada... nada!... Ni un cuchillo, ni un puñal... mi desesperación por única arma... ¡Yo te encontraré... te encontraré... aunque te ocultes bajo tierra!

Fab. (Con ironía.) Camarada, sois muy vivo de genio.

Gilb. Me vengaré. Lo juro.

Fab. Sois un loco. Os desafío.

Gilb. Me desafiais?

Fab. Sí.

Gilb. Acepto el reto.

Fab. (Aparte.) Mañana no amanecerá para ti. (Alto.) Amigo mío, creedme; entrad en vuestra casa. No me gusta que hayais descubierto esta intriguilla, pero os abandono la hermosa. No era mi intención llevar el lance tan lejos. Entrad .. entrad en vuestra casa... y si no tenéis llave ahí va la mía. (Se la arroja á los pies.) O si os parece mejor, no tenéis más que dar cuatro golpecitos en esa ventana; Juana creerá que soy yo y abrirá. Buenas noches. ¡Ja, ja! (Vase cantando.)

ESCENA VIII

GILBERTO solo

¡Se ha marchado!... ¡Y no le he hecho pedazos! ¡Y no le he partido el corazón! (Tropieza con el puñal con que lord Clambrasil ha asesinado al judío; lo recoge con furia y ansiedad.) Un puñal... ¡Ah!... ¡llegas demasiado tarde!... ¡probablemente no podrás matar á nadie más que á mí! ¡Cálma! ¡Juana me ha hecho traición, se ha entregado á ese infame!... ¡Juana, heredera de Lord Talbot!... (Simón en el fondo.) ¡Oh! ¡quiero vengarme de ese hombre! Sí; una venganza tan grande como el daño que me ha hecho... ¡Estoy loco!... ¡la cabeza me arde!... Daría toda mi sangre por poder vengarme. ¿No habrá en el mundo quien quiera hacer conmigo el pacto de entregarle mi vida á cambio de mi venganza?

ESCENA IX

GILBERTO y SIMÓN BERNARD

Simón Yo.
Gilb. ¿Tú quién eres?
Simón Soy el hombre que tú buscas.
Gilb. ¿Sabes quién soy yo?
Simón El hombre que necesito.
Gilb. No tengo más que un pensamiento, una sola idea... ¡vengarme de lord Clambrasil... y morir!
Simón Te vengarás de él y morirás.
Gilb. Quien quiera que seas, gracias... gracias...
Simón No olvides que para ello necesito tu vida.
Gilb. Te la doy.
Simón ¿Lo prometes?
Gilb. Ante esa imagen lo juro.
Simón Sígueme, pues.
Gilb. ¿Dónde vamos?
Simón A Palacio.
Gilb. ¿A... vengarme?
Simón Y... á morir.
Gilb. (Con decisión.) ¡Vamos! (Salen.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El regalo de la Reina

Cámara de la Reina; un libro de Evangelios abierto encima de un reclinatorio; la corona real sobre un taburetito; puertas á los lados; una grande en el foro, parte de él cubierto de ricos tapices.

ESCENA PRIMERA

La REINA y FABIANO FABIANI

La Reina, que viste magnífico traje severo, está recostada en ancho y cómodo canapé; á sus pies está sentado Fabiano, que viste traje suntuoso de corte, distinto al del primer acto; lleva puesta la «jarretierra». A telón corrido se oye cantar á Fabiano con la misma música del acto primero

ESTROFA

Fab. Cuando pendiente de mis labios, oyes
como mi amor purísimo te canto,
y siento palpitar, sobre mis sienes
con rítmico anhelar, tu seno blanco,
no me cambiara, dulce reina mía,
—pues de tu amor, al fin, soy soberano—
por todos los monarcas de la tierra...
¡Qué trono comparable á tu regazo!

María Tu voz me adormece, Fabiano mío.

Fab. Porque ella te expresa mi amor. Sí, te amo, María. Te amo tanto como odio á ese mal-

dito Simón Bernard, tan poderoso, tan altivo, que se atreve á mandar aquí más que tú.

María — Contra él se estrella mi poderío. Representa aquí al príncipe de España, mi futuro esposo.

Fab. — ¡Tu futuro...!

María — No hablemos de ello... ¡Te amo! ¿Qué más quieres?... Y ahora déjame, Fabiano, ha de reunirse el consejo privado, y la mujer debe dejar paso libre á la Reina.

Fab. — Malditos deberes palaciegos que de mí te separan. ¡Cuánto te amo, María!

María — ¡Cuánto me adulas!

Fab. — ¡María!

María — Dime: ¿nunca me has engañado? (Mirándole fijamente.)

Fab. — Jamás.

María — ¡Júramelo!

Fab. — Por mi vida... ¿Me crees?

María — Dudo....

Fab. — ¿Ves el fuego en mis ojos?

María — ¿Tus ojos? ¿Son de ángel ó de demonio?

Fab. — Son los de un hombre enamorado...

María — ¡Ay de ti si me mientes! .. Fabiano, no me engañes. Dicen que soy una fiera y con amor de fiera te quiero... ¡Si algún día!... (A un movimiento de él.) De sobra sé que hay muchas mujeres hermosas que te buscan, que te miran con amor. . que te desean. (A otro nuevo movimiento.) No me interrumpas... lo sé... Oye, Fabiano, si alguna vez llegarás á enamorarte de otra mujer, dímelo... no me mientas... y quizá te perdone...

Fab. — María; sólo á ti pertenezco, te lo juro.

María — (Sonríe.) Preciso será creerte... te aseguro que hay momentos en que mejor quisiera verte muerto que en brazos de otra. (Cogiéndole súbitamente con fuerza.) Si mientes... ¡ay de ti!

Fab. — ¡María! (Aterrado ante la muda amenaza de la Reina.)

María — ¡Tú no sabes de lo que es capaz una mujer celosa!

Fab. — Aparta de tu imaginación esas ideas. Sería preciso que fuera el más ingrato y el más vil de los hombres para olvidar las dichas que te debo. ¡Y qué momento escoges para

decirme estas cosas, el momento en que acaso te amo más de mi vida!

María Necesito creerte... Te creo. (Besándole en la cabeza.) Necesito creerte... Te creo... ¡qué locuras hace una mujer apasionada! Adiós, amor mío. Vuelve dentro de una hora.

Fab. Adiós, Reina y señora mía... ¡Te amo!

(Besa su mano; ella vuelve á coger la cabeza de Fabiano entre sus manos y la besa apasionadamente. Fabiani sale por una puerta secreta. María, después de una pausa, se dirige á la puerta primera de la izquierda, levanta el tapiz; aparece Simón Bernard.)

ESCENA II

La REINA y SIMÓN BERNARD

María ¿Le habéis oído?

Simón Sí, señora.

María Es el más falso y el más cínico de los hombres... ó vos, Milord, estais engañado... ¿Qué respondéis?

Simón Que se conoce que respondo de cuanto he dicho.

María ¿Estáis seguros de que va por las noches á casa de esa mujer? ¿Le habéis visto?

Simón Le he visto y conmigo lord Chandos, Clinton, Montagú y diez testigos más.

María ¡Ah! ¡Miserable! ¡Miserable!

Simón Mi afirmación puede probarse en el momento. Como ya dije á Vuestra Majestad, la muchacha aquella que hice prender esta noche pasada se encuentra en Palacio.

María (Pensativa.) ¿Cómo vengarme de ese traidor, de ese infame?

Simón ¿Quiere Vuestra Majestad vengarse de modo seguro?

María Quiero vengarme del único modo que sea digno de mí. Soy mujer y Reina.

Simón Pues no hay más medio que el indicado á Vuestra Majestad... El hombre está aquí.

María ¿Hará cuanto yo quiera?

Simón Siempre que Vuestra Majestad satisfaga su deseo...

María ¿Dará su vida?

Simón Seguramente.

María ¿Sabéis lo que quiere?

Simón ¡Vengarse!

María Señor bailío, decidle que entre y quedaos en donde le oigais.

Simón Señora... (Haciendo una reverencia y disponiéndose á salir.)

María A Milord Chandos decidle que se halle en esa cámara inmediata con gente dispuesta al primer aviso... Que también se halle pronta la mujer. (Sale Simón.) ¡Ah! perjuro... falso... caro vas á pagar tu delito. El drama de tu vida va por su última escena y toca á su fin. (Entra Gilberto precedido de Simón Bernard.)

ESCENA III

MARÍA TUDOR, GILBERTO y SIMÓN BERNARD

Gilb. ¿Dónde estoy?

María Delante de la Reina.

Gilb. ¡La Reina!

María No perdamos el tiempo en admiraciones. Te llamas Gilberto, eres tallista; vives á la otra orilla del Támesis con una tal Juana, que es tu prometida, que te engaña con un miserable que me engaña á mí. ¿Quieres vengarte? ¡Yo también!... Veamos el medio de realizar las dos venganzas.

Gilb. Señora...

María Por tu parte es preciso morir... has ofrecido tu vida á cambio de la suya; yo acepto el ofrecimiento y quedarás servido. Eso es todo; ahora dí tus condiciones: si tienes una madre anciana que necesite amparo, dímelo; yo se lo daré, véndeme tu vida tan cara como quieras, pronta estoy á pagártela.

Gilb. Señora...

María ¿Cómo? ¿Dudas? ¿Y tu promesa?

Gilb. Mi promesa es más débil que mi amor. Perdone Vuestra Majestad. Toda la noche la he pasado revolviendo ideas en mi cerebro, luchando con encontrados sentimientos. Dudo á mi pesar... Mi corazón no quiere dar cabida á la desgracia. Aquel hombre ¿no

pudo mentir? ¿no pudo arrancar una carta á Juana, falsificar su letra... robar la llave? Antes de entregar mi vida, quiero convencerme... hablar con Juana... Si todo es cierto... entonces... ¡qué importa morir!

María Se conoce que amas de veras... Eres como yo; la verdad te parece monstruosa. Dime ahora: si oyes á Juana confesar el crimen, ¿harás lo que quiero?

Gilb. Lo juro... pero con una condición...

María De ella hablaremos luego. (A Simón.) Milord, que venga esa mujer. (Sale Simón.) Tú escóndete ahí. Pronto saldremos de dudas.

(Gilberto se esconde detrás de un tapiz. Juana entra temblando.)

ESCENA VI

MARÍA TUDOR, JUANA y GILBERTO, detrás del tapiz

María Acércate... ¿sabes quién soy?

Juana Sí, señora.

María ¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

Juana Lo supe anoche.

María ¿No es cierto que te había engañado haciéndote creer que era un hidalgo llamado Amyas Pawlett?

Juana Es cierto.

María ¿Ya sabes ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil?

Juana Sí, señora.

María Cuando fueron á prenderte anoche á tu casa ¿le esperabas? ¿es verdad que le habías dado una cita?

Juana ¡Dios mío!

María Responde... la verdad.

Juana (Con débil voz.) Sí; es cierto.

María ¿Y sabes que no hay esperanza para él ni para ti?

Juana La muerte es mi único consuelo.

María ¿Dónde viste por primera vez á ese hombre?

Juana La primera vez que le vi fué... (Vacilando.) ¿Pero á qué todo esto, señora? Piense Vuestra Majestad que soy una mujer loca y co-

queta que se dejó deslumbrar por la figura gallarda de un gran señor... eso es todo... Estoy deshonrada... estoy perdida... ¿A qué más?... ¡Cada palabra que pronuncio me atraviesa el corazón, señora!

María ¡Está bien! ¡Está bien! (Furiosa.)

Juana Comprendo vuestra cólera, ya sé que es terrible... Desde ahora inclino mi cabeza al castigo que le preparéis.

María ¡Castigo para tí! ¿Me importas tú algo, imbécil? No, Fabiani es quien me importa; en cuanto á ti, otro se encargará de castigarte.

Juana Señora, yo sufriré sin quejarme el castigo, cualquiera que sea; sólo voy á pediros una gracia única. Existe un hombre que me recogió desde la cuna, que me amó y me ama todavía; un hombre, cuya imagen es en el fondo de mi alma, sagrada como la de Dios; de quién me considero indigna, porque he sido para él muy criminal; un hombre que quizás en este mismo instante se halle loco de desesperación al encontrar su casa desierta, abandonada, sin comprender por qué... Pues bien; lo que pido á Vuestra Majestad es que no llegue á saber nunca nada de lo que ha sucedido, que desaparezca yo sin que él sepa jamás lo que ha sido de mí, ni lo que he hecho... Es para mí la vida y no quisiera causarle tan horrible pesar... ¡Si supiera que soy culpable, se mataría! ¡Si supiera que he muerto, moriría de dolor!

María El hombre de que hablas, está allí; te ha escuchado, te juzga y va á castigarte. (Haciendo salir á Gilberto.)

Juana ¡Cielos! ¡Gilberto!...

Gilb. Señora, mi vida es vuestra.

María Bien, ¿qué condiciones tienes que proponerme? Te doy mi palabra de aceptarlas todas.

Gilb. Una sola, señora, y es muy sencilla. Es una deuda de reconocimiento que trato de pagar á un señor de vuestra corte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de tallista.

María Habla.

Gilb. Ese caballero está enlazado secretamente á una mujer que no puede ser su esposa, porque ella pertenece á una familia proscripta.

Esta mujer que hasta ahora ha vivido ignorada, es la hija única y heredera del último lord Talbot, decapitado por Enrique VIII.

María ¡Cómo! ¿Estás seguro de lo que dices? Juan Talbot, el leal defensor de mi madre de Aragón ¿ha dejado una hija?... Si eso es cierto, esa hija lo es mía, y te juro por mi corona que lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

Gilb. ¿Entonces, sin duda alguna será un placer para Vuestra Majestad devolver á la hija los bienes de su padre?

María Sí, y quitárselos á Fabiano... ¿pero hay pruebas de que esa heredera vive?

Gilb. Las hay, señora.

María (Con transición fiera.) Y si no las tuviésemos las haríamos; para algo *somos* Reina.

Gilb. ¿Devolverá Vuestra Majestad á la hija de lord Talbot los bienes, los títulos, el rango, los honores y el nombre que la corresponden? ¿La relevaría de toda proscripción y la garantizará la vida? ¿La casará Vuestra Majestad con ese caballero que es el único que puede ser su esposò?

María Haré todo eso.

Gilb. (Solemnemente.) ¿La Reina de Inglaterra lo jura sobre su Corona y sobre el Evangelio?

María Lo juro.

Gilb. Vuestra Majestad puede disponer de mi vida. Se la entrego. Y ahora, escuchad, señora. El señor de quien he hablado es Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil. La heredera de Talbot ahí la tenéis, es Juana. (Señalando á Juana.)

Juana (Con asombro.) ¿Qué dices?

María ¿Estás loco? ¿qué significa esto? Advierto que es demasiado atrevimiento pretender burlarse de la Reina de Inglaterra.

Gilb. Juana es la heredera de lord Talbot. Yo también juro, señora.

María Eso es una quimera, una locura; ¿dónde están las pruebas?

Gilb. Aquí. (Saca un paquete.) ¿Quiere Vuestra Majestad leer estos papeles?

María ¿Qué me importan á mí esos papeles? (Gilberto los deja sobre la mesa.) Por mi vida que si ellos prueban algo los arrojaré al fuego.

Gilb. ¿Y vuestro juramento, señora?

María ¡Mi juramento!

Gilb. ¡Sobre la Corona y sobre el Evangelio! Es decir, sobre vuestra vida y sobre vuestra alma.

María Pero, ¿qué quieres? ¿Estás loco?

Gilb. Quiero, señora, que restituya Vuestra Majestad á esta mujer su honor y su rango, proclamándola hija de lord Talbot, esposa de lord Clambrasil, y luego quitadme la vida, entregad al verdugo mi cabeza.

María ¡Tu vida! ¿Qué quieres que haga yo ahora de ella? La quería tan solo para vengarme de un hombre que antes amé, que hoy aborrezco. Y tú... ¿Esa es tu venganza? Imbécil. Te engaña una mujer, te hace traición, ¿y quieres ser generoso casándola con tu rival? La estúpida generosidad embarga tu corazón, la rabia y los celos despedazan el mío... Quiero vengarme y tu me ayudarás... aunque te pese.

Gilb. Señora: Juana ha sido seducida por Lord Clambrasil, y éste se casará con ella.

María ¿Y si él rehusa?

Gilb. Vuestra Majestad sabrá obligarle.

María ¿Yo?... ¿Yo?... ¿Tú sabes lo que dices?

Gilb. Pues bien; si ese infame rehusa cumplir con su deber... sea su vida pago de la afrenta.

María ¡Ah! ¡Eso sí!

Gilb. Si llega ese caso, con tal que la corona de condesa de Waterford sea colocada solemnemente por la Reina de Inglaterra en la cabeza sagrada é inviolable de Juana Talbot, haré cuanto la Reina mande.

María ¿Todo? ¿Dirás lo que me convenga que digas? ¿Morirás del modo que fuere preciso?

Gilb. Como quiera Vuestra Majestad.

Juana ¡Oh, Dios, Gilberto!

María ¿Lo juras?

Gilb. Lo juro.

María Acepto. Yo tengo tu palabra, tú la mía. (Pausa. Después de reflexionar un momento. A Juana.) Retírate. Ya se te llamará.

Juana ¡Gilberto! ¿Qué has hecho? Soy una mujer despreciable.

María (A Juana.) Entra ahí, no esperarás mucho. (Sale Juana.)

ESCENA V

MARÍA TUDOR, GILBERTO; luego SIMÓN BERNARD, LORD CHANDOS y Guardias

María ¿Tienes algún arma: un cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

Gilb. (Sacando del pecho el puñal de Fabiano.) ¿Un puñal?... Sí, señora.

María Bien; tenlo en la mano y no te extrañe lo que diga. (Le coge fuertemente el brazo.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Señor bailío d'Amont! ¡Lord Chandos! ¡Lord Montagú! ¡Lord Clinton!... ¡Mi guardia!... ¡Favor á la Reina! (Entrán, Simón Bernard, todos los nobles y el capitán Duvelton y guardias.) Prended á ese hombre; ha levantado su puñal contra mí. He podido detener su brazo en el momento de herirme... ¡Es un asesino!

Gilb. ¡Señora!

María (Aparte.) Me has dado tu vida. (Alto.) Vosotros sois testigos de que aún tenía el puñal en la mano. (Sujetan á Gilberto.) Señor bailío, ¿quién es el verdugo de la torre de Londres?

Simón Mac Dermotti, el irlandés.

María Que venga, tengo que hablarle.

Simón ¿Vos, señora?

María Obedeced. (Simón sale, entrando nuevamente en seguida. Al capitán de los guardias.) Capitán: vos me respondéis de este hombre. Tenedle entre filas en la antecámara hasta que yo le llame. (Los guardias se llevan á Gilberto.) Señor bailío d'Amont, ¿está lord Clambrasil en Palacio?

Simón Esperando en la cámara que Vuestra Majestad desee verle.

María (Aparte á Simón.) ¿No sospecha nada?

Simón Nada.

Maria Que entre; y decidme, ¿quiénes son de nues-

tros cortesanos los que más aborrecen á... Fabiani?

Simón Señora... todos sin excepción.

María (Reparando en los papeles que dejó Gilberto sobre la mesa.) ¡Ah! es preciso antes dar una ojeada á estos papeles. (A Simón.) Que entre lord Clambrasil, y después que esté aquí unos minutos... (Señalando á la puerta por donde salió Juana.)

Simón Entiendo, señora... (Sale Simón.)

María Y ahora, señores, respuesta del susto, dejad que os dé á todos la bienvenida. Milores, ¡Dios os guarde! Señor de Montagú, Milord Clinton, Lord Canciller, Milord Chandos, á todos mis saludos... Es día de sorpresas; quizá os aguarde otra mayor que el atentado de mi vida... (Entran Fabiani y Simón Bernard.)

ESCENA VI

DICHOS, SIMÓN BERNARD y FABIANI

María ¡Ah! ¡Ya está aquí! (Habla en voz baja con Simón Bernard, que sale á poco por la primera.)

Fab. (Aparte, mirando en redor suyo y viéndose saludado por todos.) ¿Qué significa esto? Esta mañana no veo aquí mas que enemigos míos... La Reina habla en voz baja con Simón Bernard... ¡Se ríe!... ¡Mala señal! (Acercándose á la Reina, tomando su mano y besándola.) ¡Señora! (Aparte.) Se ha sonreído, ¡no hay peligro!

María (Jocosamente á Fabiani.) Tengo que hablaros. (Siempre jovial, lo trae á la escena.)

Fab. (Aparte á María.) Debo darte las gracias por haberme llamado tan pronto á tu presencia.

María (Irónica.) ¡Amor mío! desde que me dejaste no he pensado más que en ti.

Fab. ¿De veras? ¿Seré tan dichoso? Repítemelo otra vez.

María Te lo juro. (Con sonrisa irónica.)

Fab. ¿De modo que me amas tanto... como yo te amo?

María Sí, Fabiano; te repito que no he pensado más que en ti; para creerlo no tienes más

que ver la agradable sorpresa que te proporciono.

Fab. ¿Qué sorpresa?

María Un encuentro que te complacerá.

Fab. ¿De quién se trata?

María Adivínalo. ¿No aciertas? Vuelve la cabeza.

Fab. (Se vuelve y ve á Juana en el umbral de la puerta acompañada de Simón.) ¡Juana!

Juana (Aparte) ¡Es él! ¡Dios mío!

María Fabiano, ¿conoces á esa mujer?

Fab. No, señora.

María Y tú, muchacha, ¿conoces á Milord?

Juana (Antes la verdad que la vida.) Sí, señora...

Fab. Señora... quieren perderme. . ¡Estoy rodeado de enemigos! No conozco á esa mujer, no sé quién es. . señora.

María (Levantándose y dándole en la cara con su guante.) ¡Eres un miserable! ¡Engañas á una y reniegas de otra! ¿No sabes quién es?... ¿quieres que yo te lo diga?... Pues oye: esta mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el bueno y católico hidalgo que por mi madre murió en el cadalso. Es mi prima, Juana Talbot, condesa de Waterford. (Dirigiéndose á lord Chandos.) Milord de Chandos, como comisario del sello privado, tomad nota de nuestras palabras. La Reina de Inglaterra reconoce sclemnemente á esta joven por hija y única heredera del conde de Waterford. (Mostrando los papeles.) Estos son los títulos y las pruebas, que haréis autorizar con nuestro gran sello. Así es nuestra voluntad. (Pausa. A Fabiani.) A ella devolverás sus bienes... y dices, miserable, ¿que no conoces á esa mujer? ¿que no sabes quién es? (En voz baja, con furor reconcentrado.) ¡Es tu querida!

Fab. Señora...

María Eso es ella; ahora vas á saber lo que eres tú. Tú eres un hombre sin alma, sin corazón; eres un cobarde... eres... (Viendo que los presentes se retiran.) Por Dios, milores, no retirarse, que no bajo la voz, porque me es indiferente que oigáis lo que voy á decir á este hombre. Fabiani: eres un hombre ruín y despreciable, un traidor para mí, un infame para ella; el más vil, el último de los hombres.

Señores, á todos pido perdón de haberos puesto en el trance de rozaros con este hombre... ¡Tú caballero... tú hidalgo... tú noble!... No; tú .. ¡eres un infame!... Fabiani, de rodillas. ¡Milores, haced por fuerza que se ponga de rodilas!

Fab. (Arrodillándose) Señora... sumiso me arrodillo.

María Silencio. A este hombre vil y despreciable le he colmado de beneficios; á este lacayo napolitano le he hecho gran caballero y conde libre de Inglaterra... ¿Ves, lady Juana, á qué hombre te has entregado?. . ¡pobre criatura! Pero yo te vengaré... ¡Sí, venganza, venganza horrible!... ya debí suponer que de tu seno no podía salir más que un puñal y de tu alma una traición.

Fab. Señora: conozco bien la cólera de Vuestra Majestad. En ella he incurrido... ¡que Dios me ampare! Sufriré en silencio y con resignación mi destino... podéis, pues, emplear el medio que mejor os parezca. El puñal ó el veneno.

María (Cogiéndole las manos y atrayéndole con viveza.) ¿El puñal? ¿el veneno? ¿qué dices? ¿La venganza traidora, baja, como tú acostumbras? No, Fabiano Fabiani; yo quiero la luz, la claridad del día, ¿lo entiendes? la plaza pública, el hacha y el tajo: la multitud apiñada en la calle, en las ventanas, en los tejados para presenciarlo, cien mil testigos... quiero que imponga miedo tu castigo; que todos lo encuentren grande, espantoso ó magnífico y que se diga: la ultrajada es una mujer, la que se venga es una reina. Quiero ver á este favorito tan envidiado; á este hombre tan bello como cínico que he cubierto de terciopelo y de raso, encorvándose despavorido, con los pies desnudos y las manos atadas, silbado por el pueblo, humillado por el verdugo. Quiero ver una cuerda en lugar del collar de oro que he colgado en ese blanco cuello... Quiero, en fin, ya que he visto el efecto que hacía en el trono, ver el que hace ahora en el cadalso.

Fab. Señora...

María (Con energía.) ¡Silencio! (A Eneas Paget.) Duque,

como condestable que sois de la torre, pedid la espada á este hombre.

Eneas ¡En nombre de la Reina!

Fab. Ahí la teneis, pero protesto; y aun suponiendo que se pruebe que he seducido ó engañado á una mujer...

María ¡Eh! ¿Qué me importa á mí eso? ¿Quién te ha dicho que es de eso de lo que te acuso?

Fab. ¿Entonces de qué? Yo no soy súbdito de Vuestra Majestad, puesto que no soy inglés. Soy súbdito del rey de Nápoles y vasallo del Santo Padre. Requeriré á su legado el cardenal Polus y me reclamará; me defenderé, señora; soy extranjero y no se me puede juzgar sin haber cometido un verdadero crimen. ¿Cuál es mi crimen?

María ¿Y lo preguntas?

Fab. Sí, señora.

María Ya veis lo que me pregunta; voy á contestar... Atended y vereis cómo no tengo más que dar con el pie en el suelo para que surja un cadalso. Milord Montagú, abrid esa puerta y llamad al capitán de mis guardias que prenda á este hombre y traiga al preso confiado á su custodia. (Montagú hace mutis.) Y ahora, milores, escuchad: Milord Gardiner, mi sabio amigo, á vos que sois canciller de Inglaterra os hacemos saber que debeis reunir de oficio á los doce lores comisarios de la Cámara estrellada, para hacerles saber que no solamente madama Isabel ha suscitado atentados á nuestra corona, pues que esta mañana se ha presentado á mi audiencia un hombre que después de algunas palabras ha intentado herirme con un puñal; pude detener á tiempo su brazo y á mis gritos de socorro todos los caballeros de guardia, entre ellos vos y Milord el bailío d'Amont, entraron... ese hombre declaró, señores, haber sido inducido á este crimen por lord Clambrasil, aquí presente.

Fab. ¡Por mí! ¡Eso es falso, falso! Esto es horroroso, es una impostura: ese hombre no existe, ¿quién es? ¿dónde está? (Gilberto aparece entre el capitán y dos guardias y precedidos por Lord Montagú.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS. GILBERTO, el CAPITÁN, LORD MONTAGUD y GUARDIAS

Fab. ¿Vos?

Gilb. ¡Yo soy! (Pausa.)

María En vista de las declaraciones de este hombre, Nos, María, reina de Inglaterra, acusamos ante la Cámara estrellada á Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, de crimen de alta traición y de atentado de regicidio contra nuestra real y sagrada persona.

Fab. ¡Yo regicida! Esto es monstruoso, mi cabeza vacila, mi vista se turba, ¿qué lazo es este? Quien quiera que seas, ¡miserable! ¿te atreves á afirmar que es verdad lo que la Reina ha dicho? (La Reina mira fijamente á Gilberto.)

Gilb. Cuanto la Reina ha dicho... es cierto.

Fab. ¿Te he inducido yo al regicidio? (La Reina vuelve á mirarle.)

Gilb. ¡Sí!

Fab. ¡Maldición! ¡Señores, es falso! ¡falso!... ¡Ese hombre miente! Miente, repito. ¡Infeliz, quieres perderme! pero ¿no sabes que te pierdes al mismo tiempo? El crimen de que me acusas recae sobre ti; tú podrás hacer que yo muera, pero te arrastraré conmigo al cadalso. Con una sola palabra haces caer dos cabezas, la tuya y la mía. ¿No lo sabes, infeliz?

Gilb. Lo sé.

Fab. Milores, este hombre está pagado...

Gilb. Pagado por vos... (Enseñándola.) Esta es la bolsa llena de oro que me dísteis por el crimen: vuestra cifra y vuestras armas están grabadas en ella. ¡Vedla!

Fab. ¡Justicia de Dios! Y el puñal con que este hombre quería asesinar á la Reina, ¿dónde está?

Duv. ¡Aquí está!

Gilb. (A Fabiani.) Es el vuestro. Me lo dísteis para ello; la vaina vos la tendreis.

Gard. Conde de Clambrasil, ¿qué respondeis? ¿reconoceis á este hombre?

Fab. No.

Gilb. No os extrañe; me vió de noche. Señora, permitidme que le diga dos palabras al oído para refrescar su memoria. (*Se acerca á él.*) Hoy no reconoceis á nadie, milord; ni al hombre ultrajado, ni á la mujer seducida. La Reina se venga y el hombre del pueblo también. Me desafiásteis y acepté el reto. ¿Quién ha vencido en el torneo? ¿Qué decís, milord? Yo soy Gilberto, el tallista.

Fab. Si, te reconozco... Señores, reconozco á este hombre y ya no tengo nada más que decir.

María Confiesa, ya lo oís.

Gard. Según la ley normanda y estatuto vigésimoquinto de Enrique VIII, en el crimen de lesa majestad, la confesión no salva al cómplice. No olvideis que en este caso la Reina no tiene el derecho de perdonar y que moriréis en el cadalso con el acusado. Pensadlo bien. ¿Confirmais cuanto habeis dicho?

Gilb. Sé morir y lo confirmo.

Juana (*Aparte.*) Si es un sueño, es horroroso.

Gard. ¿Quereis reiterar vuestras declaraciones sobre el Evangelio? (*Se lo presenta y pone sobre él la mano.*)

Gilb. Juro con la mano puesta sobre el Evangelio y próximo á morir que Fabiano Fabiani es un asesino, que este puñal que sirvió para el crimen es suyo y que esta bolsa que me fué dada como precio del crimen es suya también. Dios me asista que así es la verdad.

Gard. Milord, ¿qué teneis que decir?

Fab. Nada. ¡Estoy perdido!

Simón (*Vase á la Reina.*) Señora; Mac Dermotti está ahí.

María Que entre. (*Los nobles dejan paso al Verdugo que se presenta vestido de encarnado y negro con una ancha y larga espada á su espalda.*)

ESCENA XI

LOS MISMOS y el VERDUGO

María Capitán, estos dos hombres á la torre. Milord Gardiner, que su proceso comience mañana mismo ante los doce pares de la Cámara estrellada y que Dios proteja á Inglaterra. Esperamos que esos hombres sean juzgados antes de que marchemos á Exford á abrir el Parlamento, y á Windsor á pasar las pascuas. (Al Verdugo.) Acércate, Verdugo; me alegra verte. Eres un buen servidor, estás viejo y has visto ya tres reinados. Los soberanos de estos reinos tienen la costumbre de hacerte un regalo, el mejor posible, á su advenimiento al trono. Mi padre, Enrique VIII, te dió el broche de diamantes de su capa; mi hermano, Eduardo VI, una taza de oro cincelada. Ahora me toca á mí. No te he dado aún nada y voy á hacerte un regalo, el mejor de todos. (Señalando á Fabiani.) ¿Ves aquella cabeza, aquella cabeza, que todavía esta mañana era para mí lo más precioso, lo más querido, lo más hermoso en el mundo y á la que yo prodigaba todas mis caricias? Pues bien... esa cabeza... ¿la ves?... ¡Es tuya!... ¡Te la regalo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El condenado

Sala interior de la torre de Londres. Bóvedas góticas sostenidas por gruesos pilares; á derecha é izquierda, dos arranques de escalera correspondientes á la parte superior de la Torre, donde se suponen los calabozos. En el fondo, un gran ventanal de colores queda á la calle. En el muro del primer término de la izquierda, librería practicable que oculta una puerta secreta, taburetes de madera. Un gran farol pende del centro del primer arco.

ESCENA PRIMERA

GILBERTO y JOSUÉ FARNALY, sentado

Gilb. ¿Con que no hay esperanza?

Farn. Ninguna. (Gilberto va al mirador y lo abre.) Desde ahí no verás nada.

Gilb. Nada. Es cierto; niebla y tristeza. (Volviendo al proscenio.) Pero ¿te has informado bien?

Farn. Estoy seguro.

Gilb. ¿Y es por Fabiani?

Farn. Por Fabiani.

Gilb. ¡Maldición! ¡Qué feliz es ese hombre!

Farn. ¡Pobre Gilberto! Ya llegará tu día; hoy por él, mañana por ti.

Gilb. ¿Qué quieres decir? ¿De qué hablas?

Farn. Del cadalso que están levantando en este momento.

Gilb. Yo hablo de Juana.

Farn. ¿De Juana?

Gilb. Sí, de ella tan sólo: ¿qué me importa á mí lo demás?, ¿has olvidado que desde hace un mes, desde la reja de mi calabozo, la veo pálida, enlutada. rondar esta torre que encierra á Fabiano y á mí? ¿Has olvidado mi angustia, mis dudas?, ¿por cuál de los dos viene? Es la única pregunta que me hago á todas horas. Me prometiste hablarla ayer por la tarde y averiguarlo; dime, ¿qué has sabido? Ya que tan bueno eres para mí, que endulzas mi cautiverio dejando que aquí respire de vez en cuando, no me ocultes nada, sigue siendo generoso.

Farn. He sabido tan solo que Fabiano debía ser decapitado hoy y tú mañana: te confieso Gilberto de mi alma, que esta noticia me ha trastornado el juicio; y no me acordé más de Juana; tu muerte...

Gilb. ¡Mi muerte! ¿Qué crees tú que significa esa palabra? ¡Mi muerte! Desde el día en que Juana dejó de amarme, mi vida... no es vida. Lo que desde hace un mes vive en mí, no merece el trabajo que mañana han de tomarse en destruirlo...

Farn. Me espanta oirte.

Gilb. No sabes tú, pobre Josué, lo que es un hombre enamorado. Mira; si días antes de mi desgracia, alguien me hubiese dicho: Si Juana, para tí tan pura y tan sin mancha, tu amor, tu orgullo, tu tesoro, si tu Juana, se entregara á otro, ¿la seguías queriendo? Habría abofeteado al imprudente que así me ofendía, y antes que el perdón, hubiera pensado en matarla... Hoy... ya lo ves, no tengo un solo arranque de fiereza... Hoy... aquella mujer, que fué mi culto, cuya frente apenas se atrevían á rozar mis labios, se ha entregado á otro... y... sigo amándola... con más fuerza... ¡Qué ser soy tan despreciable.

Farn. ¡Gilberto! ¡Hijo mío!

Gilb. Lo soy; y no hago nada por dejar de serlo, Parece que el corazón goza de su triunfo, en la lucha entablada con las leyes del honor. ¡Ah! si yo pudiera oir de sus labios una palabra de cariño, de consuelo, ¡qué feliz sería mi muerte! Cuando desde la ventana

de mi prisión miro á la calle y la veo rondar el castillo, parece que un rayo de sol..., quiebra las nieblas de Londres y alumbra el calabozo. ¡Ah! si me ama aún, ¿qué importa lo pasado? Pero no, ama á Fabiani, ¡sólo por él viene!... ¡Ah! Josué, ¡qué feliz es ese hombre!

Farn. Hoy será ajusticiado.

Gilb. Yo lo seré mañana... Hoy mi venganza, mañana la suya.

Farn. ¡Silencio! Ha sonado la campana de la puerta central. (Mirando.) Es el condestable de la Torre, maese Eneas. Volvamos á tu calabozo: si averiguasen que gracias á mí puedes pasearte por esta sala y respirar alguna vez con más amplitud, concluiría tu libertad y la mía.

Gilb. Vamos, mi buen Josué.., sin ella, ¡que importa la libertad, qué importa la vida.! (Entra en el calabozo. Suben las escaleras de la derecha.)

ESCENA II

SIMÓN BERNARD y MAESE ENEAS

Simón ¡Es singular lo que decís! Pero ya se ve, la reina está loca y no se puede contar con ella: es una mujer y el corazón de una mujer es un enigma que Francisco I describió en las vidrieras de Chambord, diciendo:

«Solo en ser insconstante no varía;
menguado y loco del que en ellas fía.»

Escuchad, maese Eneas; somos amigos antiguos. Es preciso que eso acabe hoy y eso depende de vos. Si os encargan... (Le habla al oido.) Dilatadlo todo y haced que salga fallido su plan; que yo tenga sólo dos horas por delante y esta tarde se hará lo que yo quiera; mañana no existirá el favorito y con mi apoyo, alcanzaréis el collar que tanto anhelais y que será un bello adorno en vuestro cuello... ¿Habéis comprendido?

Eneas Perfectamente.

Simón Id á prevenir á Mac Dermotti... Yo voy á ver á Josué. Luego recibiré aquí á la reina.

Va á venir y quiero sorprenderla; de fijo que está bien ajena de que conozco su proyecto... Hasta después. (Eneas hace mutis por el fondo izquierda y Simón por la escalera de la derecha.)

ESCENA III

Un PORTERO y JUANA

Portero (Entrando por el foro derecha con precaución, acompañado de Juana.) Nadie nos ha visto. Estamos en el primer piso de la Torre; esas son las escaleras que conducen á los calabozos; ahora os dejo; pudieran notar mi falta; despachad pronto vuestro cometido y volved por este mismo pasillo. Yo en la puerta os espero.

Juana Tomad. (Dándole un brazalete de oro.)

Portero Gracias, milady; no me comprometais. (Sale por el fondo derecha.)

Juana ¡Dios mío!, ¿que hacer? Yo le he perdido y yo debo salvarle, pero ¿cómo?... No podré; una mujer no puede nunca nada. ¡El cadalso! ¡Ah! ¡Es horroroso! ¡Valor!... arriba estará Josué..., él puede ayudarme. ¡Dios mío, tened compasión de mí!.. (Notando que la librería gira abriéndose.) ¿Eh? ¿Qué es esto? Una puerta secreta. ¡Vienen! ¡Todo se ha perdido! (Se oculta detrás de la escalera de la izquierda.)

ESCENA IV

JUANA oculta, la REINA, MISTRES AMY y al final SIMÓN

La puerta-librería, se abre totalmente, para dar paso a Mistres Amy, que mira recelosamente

Amy No hay nadie. (Hablando con la Reina que está dentro aún.) Pase Vuestra Majestad sin recelo. La rotonda está solitaria.

(Aparece la Reina, que como Mistres Amy, trae un manto largo y antifaz en el rostro.)

María Por fin. (Al ver que Amy tiembla.) ¿Qué es eso, estás temblando?

Amy Sí, señora. Tiemblo ante el recelo de que puedan conocer á Vuestra Majestad.

María Nada temas. Tú hablarás por mí. Después que hayamos convencido al llavero, tú serás quien le digas á Fabiano mi proyecto.

Amy Mi temor, es precisamente por el carcelero. ¿No cree Vuestra Majestad que ha de sospechar al vernos encubiertas, comprendiendo al fin, que solo la reina puede entrar en la Torre de tal modo? Será preciso decirle la verdad.

María Pues la diremos. Una vez aquí no retrocederé por tan poco.

Amy Señora..., piense Vuestra Majestad, lo grave del paso que vamos á dar. La ejecución, no puede retrasarse más. Todo está para dentro de dos horas preparado. . Si Milord el bailío... adivina, no olvide Vuestra Majestad su fuerza. Puede provocar un conflicto... La nobleza toda, está de su parte...

María Basta de consejos.

Amy ¡Señora... la ley!

María ¿Cuál más imperiosa, cuál más inflexible, que la ley del corazón? No quiero que muera ¿Oyes? No quiero, y... soy la reina. (Simón Bernard aparece en la escalera de la derecha.) ¿Qué poder mayor al mío? ¿Simón Bernard dices? le odio tanto, como adoro al otro. (Simón que ha bajado lentamente la escalera, dice acercándose á la Reina.)

Simón Vuestra Majestad, es muy amable conmigo.

Amy (Dando un grito ahogado.) ¡Ah!

María ¿Vós? Por donde... (Mirando al fondo.) ¿Sois el demonio?

Simón Soy, señora, el Angel de la Guarda de Vuestra Majestad; soy el bailío D'Amont; soy el embajador de Carlos V en Londres; soy un fiel servidor de mi amo, Su Alteza Real el Príncipe de España vuestro prometido, y, soy, en fin, el hombre que ha tenido la desgracia, por ser todo lo dicho, de incurrir en el enojo de María Tudor.

María (Quitándose la careta.) Dejemos ironías, señor bailío D'Amont.

Simón Ignoraba que estuviese aquí Vuestra Majestad; venía de prevenir lo necesario para la ejecución.

María — Pues ya que felizmente nos hemos encontrado, será mejor hablar claro. Amy, espérame en la sala de guardias, pronto me reuniré contigo.

Amy — Debo cumplir el encargo anterior...

María — (Mirándola con fiereza.) Es inútil... Mejor será que vuelvas á Palacio.

Amy — ¿Vuestra Majestad marchará sola?

María — Tienes razón; espérame en la sala...

Amy — Bien, señora. (Mutis fondo.)

ESCENA V

SIMÓN, la REINA y JUANA oculta

María — Y ahora señor bailío, hablemos claro. ¿No comprendeis el por qué de hallarme aquí?

Simón — Realmente señora, no adivinó.

María — Hay que retrasar la ejecución. ¡Qué sea mañana!

Simón — No olvide Vuestra Majestad que ayer se decretó ya en último extremo que el reo sería ejecutado hoy. Llevamos ya seis detenciones.

María — Cierto... No quiero .. ¿oís? ¡No quiero!

Simón — Permítame Vuestra Majestad que la diga que es imposible más retrasos. La cámara estrellada pronunció la sentencia de muerte, y esta tiene que ejecutarse. Tres semanas hace que Vuestra Majestad retarda la ejecución. Los nobles murmuran y el pueblo... se indigna.

María — ¿Y no comprendéis, caballero, lo que quiere decir esto? ¿Será preciso que una mujer os descubra su corazón? Porque soy reina y porque vos representáis aquí al príncipe de España, debía callar... mentir, pero mi orgullo rechaza la mentira. ¿Queréis saber por qué difiero la ejecución de Fabiani? Porque al amanecer de cada día me faltan las fuerzas pensando que la campana de la Torre de Londres va á anunciar la muerte de ese desgraciado, porque me hace desfallecer la idea de que se afila para él una cuchilla; porque

me siento morir al imaginar que para él se prepara un ataud, porque soy mujer; en fin, porque soy débil, porque estoy loca y porque le amo... ¿Estais satisfecho? ¿Me comprendéis ahora?... ¡Algún día hallaré medio de vengarme de vos por todo lo que ahora me obligáis á decir!

Simón — Señora, ya es tiempo de que concluya ese capricho. A Fabiani todo el mundo le aborrece en Londres.

María — Menos yo.

Simón — Los plebeyos están de acuerdo en este punto con los cortesanos. Si no muere hoy como Vuestra Majestad ha prometido...

María — ¿Qué?

Simón — Puede el pueblo promover algún disturbio.

María — Para eso tengo á mis guardias.

Simón — Los cortesanos fraguarán algún complot.

María — Para eso tengo al verdugo. Fabiani se salvará.

Simón — No es muy fácil.

María — Lo es; sabedlo: Fabiani tiene en su poder un documento que le salva su vida: tiene mi firma en blanco, y quiero decirle que ponga sobre mi sello que Nos, Reina de Inglaterra, le perdonamos la vida.

Simón — (Aparte.) Bueno es saberlo. (Alto.) Siento decir á Vuestra Majestad que Fabiani no posee clase alguna de papel, todos sus documentos están en poder del Canciller lord Gardiner, y, por lo tanto, el recurso no le sirve.

María — Pues bien; le daré otro con el perdón de mi letra... Veremos si os atrevéis á quitárselo.

Simón — Señora, ese hombre ha engañado vilmente á Vuestra Majestad.

María — ¿Y qué? ¿No hacen lo mismo todos los hombres? No quiero que muera.. Soy una mujer y como tal sujeta á mis debilidades... y en la que el corazón manda á la cabeza: la vida de ese hombre me es necesaria... No toméis ese aire de candor y de buena fe... os lo suplico, conozco muy bien vuestras intrigas. Sabéis tan bien como yo que no ha cometido el crimen porque se le condena. Estoy decidida, no quiero que muera, ¿soy

la reina ó no?... Señor bailío, hablemos de otra cosa.

Simón Señora, no insisto más y me retiro; haga Vuestra Majestad lo que quiera; toda la nobleza habló por mi boca...

María Y á mí ¿qué me importa la nobleza?

Simón (Aparte.) Veremos si el pueblo le importa más. (Sale saludando á la reina con respeto.)

María ¡Se ha marchado! Este hombre es capaz de promover un alboroto... Es preciso ir sin tardanza á palacio... ¡Eh! ¿quién llega?

ESCENA VI

MARÍA, ENEAS y FARNALY que bajan la escalera

María ¡Oh! Maese Eneas, llegáis á punto. Necesito que entre vos y ese hombre os encarguéis de hacer que el conde de Clambrasil pueda evadirse de la prisión inmediatamente.

Eneas Señora...

María No, no me fío de vos... también sois su contrario. ¡Oh, Dios! ¡estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! Apostaría á que ese llavero, que no conozco, le odia también.

Farn. ¡Le odio, señora!

María ¡Ah! Simón Bernard. Sois más rey que yo reina. ¡No tengo á nadie que me ayude! ¡Nadie que salve al hombre que yo adoro.

Juana (Saliendo.) Sí, señora; yo.

Farn. (Aparte.) ¡Juana!

María ¿Quién eres tú?.. ¡Ah! ¿sois vos, lady Juana? ¿Cómo estáis aquí?... pero qué me importa el cómo; venís á salvar á Fabiani, ¡bien venida seais! Debía aborreceros, estar celosa... pero no temáis... ¡ante el cadalso no caben celos! Lady Juana: las dos somos desgraciadas... Es preciso que se salve Fabiani. Hace un instante desconfiaba de su salvación; no hallaba quién protegiera su fuga... Ahora es distinto, vos seréis su salvador. (Dirigiéndose á los otros.) Oidme vosotros: No habla la mujer... ordena la reina. Obedeced á lady Tal-

bot sin réplica y me responderéis con vuestra cabeza de que serán cumplidas sus órdenes... ¡Abrázame, hija mía!

Juana — Por este lado, el Támesis baña el pie de la Torre: he observado que allí hay una salida secreta; haced que conduzcan á aquel punto una barquilla y la evasión será segura.

María — Obedeced.

Eneas — Señora, la barca no podrá estar allí antes de una hora.

Juana — Una hora es demasiado.

Eneas — Se pasa pronto; es preciso tomar muchas precauciones ya que Vuestra Majestad desea que la evasión sea secreta, aparte de que mi compromiso sería grande si llegasen á descubrir mi intervención.

María — Quizá tengáis razón. Que esté dentro de una hora.. Os dejo, lady Juana; necesito ir á palacio, prevenir cualquier ataque del embajador. Hasta pronto ¡Salvad á Fabiani!

Juana — ¡Descuidad, señora; le salvaré!

(La Reina sale y Juana la sigue con la vista.)

Farn. — (Aparte.) Gilberto tenía razón; es de Fabiani en absoluto.

ESCENA VII

DICHOS menos la REINA

Juana — (A Eneas.) Ya habéis oído lo que desea la Reina. Necesito un barquichuelo al pie de la Torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

Eneas — Hasta dentro de una hora no puede ser todo, milady.

Juana — Apresuraos, señor; y dejadme con este hombre. (Eneas sale y Juana le sigue con la mirada.)

Eneas — Obedezco; porque la Reina lo manda.

Farn. — (¡Con este hombre!... No es extraño que quien ha olvidado á Gilberto no reconozca á Josué.) Cuando gustéis... vamos á... (Dirigiéndose á la escalera con las llaves en la mano.)

Juana — ¿A dónde?

Farn. — A prevenir vuestros deseos, milady, abriendo el calabozo de milord Fabiani.

Juana — Os equivocais, el calabozo que debéis abrir es el de Gilberto.

Farn. — ¿Cómo? ¿Qué decís, Juana?

Juana — No habéis comprendido. ¡Pronto! Los minutos son siglos. Traedlo aquí.

Farn. — Sí, sí; voy á escape. ¡Qué alegría, Dios mío, qué alegría! (Mutis escalera.)

Juana — ¡Qué angustia! Por fin lograré salvarle. El odio de la Reina caerá sobre mí, pero qué importa su furor si logro arrancar del tajo del verdugo al hombre que sólo por mi culpa es tan desgraciado. (Pausa.) ¡Ah! Ya están aquí.

ESCENA VIII

JUANA y GILBERTO

Gilb. — ¿Quién dices que desea verme? (Aparece en lo alto de la escalera, ve á Juana y se apoya en la balaustrada.) ¡Juana!... ¡Lady Talbot!... (Bajando.)

Juana — (Sin levantar la vista.) Gilberto, vengo á salvarte.

Gilb. — ¡A salvarme! ¿Tú?

Juana — Compadécete de mí y no me abrumes con reconvenciones. Merezco tus reproches, son justos. . pero no es tiempo ahora de violencias. Quiero salvarte; déjame que lo haga como si fuese un extraño; después recházame, no me perdones, pero quiero que me debas la vida.

Gilb. — ¡Qué me importa la vida si he perdido tu amor!

Juana — ¡Mi amor! Gilberto, ¿todavía me quieres? ¿Todavía con tu grandeza de alma piensas en mí? ¡Gracias, gracias! No puedes imaginarte el cambio que ha producido en mí tu bondad generosa; el efecto de consuelo y de esperanza que han causado á mi corazón las palabras que acabas de pronunciar... Es un rayo de luz que penetra en mi espíritu... Si me atreviese á acercarme á tí, á estrechar tu mano entre las mías, ¿sabes lo que te diría, de rodillas, al mismo tiempo que imploraba tu perdón? Te diría; más que infame y per-

jura, he sido loca y desgraciada, no supe comprenderte, pero apenas caí en los brazos del demonio que me perdió, lloré por el ángel que abandonaba. ¡Hoy he sufrido mucho y te pido perdón... porque te amo!

Gilb. (Estrechándola con pasión entre sus brazos.) ¡Juana! ¡Juana mía! ¿Qué dices?

Juana Gilberto... ¡te quiero!

Gilb. ¿Dices que todo está dispuesto para mi fuga? Sí, pronto, pronto, ¡la vida! ya quiero vivir... Esta bóveda se desploma sobre mi cabeza y me abruma; aquí me ahogo; huyamos pronto, Juana... ¡La vida! ¡Qué hermosa es la vida! ¿Me oyes? ¡Quiero vivir!

Juana Es preciso esperar aún media hora; pero no temas, estás salvado; dentro de poco estaremos fuera... libres. Yo soy la única que manda aquí; yá te lo explicaré todo.

Gilb. Tengo ansia de tenerte á mi lado. ¡Cuánto tarda la dicha! Hoy mismo saldremos de Londres; abandonarémos Inglaterra, iremos á Venecia; allí ganan mucho los de mi oficio... Tú serás mía... ¿Oyes? ¡Estoy loco!... ¡Olvida el nombre que tienes! ¡Es demasiado hermoso; hija de Lord Talbot!

Juana Sé uno más hermoso aún.

Gilb. ¿Cuál?

Juana ¡Esclava tuya!

Gilb. ¡Juana!

Juana Yo seguiré tu suerte, te amaré, no lo dudes... seré para tí algo menos que una hermana y algo más que un perro... Y si te casas, Gilberto...—Dios hará que encuentres una mujer pura, sin tacha y como tú mereces— seré la criada de tu esposa... y si ella no quiere... si tiene celos de mí... me iré... me iré donde mi recuerdo y mi presencia no puedan ofenderla.

Gilb. Eres un ángel, y serás mi mujer. (Echándose á sus pies.)

(Josué baja por la escalera derecha.)

Juana ¡Tu mujer! Tú perdonas como Dios: purificando... ¡Bendito seas, Gilberto!

(Gilberto se levanta, la estrecha contra su corazón y mientras están abrazados, se acerca Josué y toma la mano de Juana.)

Farn. Lady Juana. Vengo á preveniros, he sentido un ruido extraño; en la calle he visto grupos, que como á señal convenida van engrosando. Es preciso estar alerta. ¿Oís? (Oyese fuera ruidos lejanos, gritos confusos, un tumulto. El ruido va aumentando.) Algo grave sucede. (Abre el ventanal y se asoma por él.) ¿Eh? ¿Qué es esto? La plaza llenándose de gente. ¡Mirad, mirad!...

Juana ¡Dios mío, haced que no suceda un contratiempo!

Farn. Tiene todas las trazas de un tumulto; picos, azadones, armas de fuego... Los pensionarios de la Reina á caballo y formados en batalla; todos se dirigen hacia aquí. ¡Qué gritos! ¡Diablo! ¡Parece un terrible motín!

Gritos (Lejanos.) ¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

Juana Somos perdidos. ¿Qué gritan?

Farn. Mucho lo temo.

Gilb. Serenidad, Juana, y nos salvamos... Quizá entre la gente... ¿Simón llega?

ESCENA IX

DICHOS y ENEAS

Entran por la puerta secreta de la librería

Eneas ¡Milord Fabiani! ¡Milord! No se puede perder un momento; se ha sabido que la Reina quería salvaros y el populacho se ha alborotado... y si os detenéis, os van á arrastrar. Salvaos; aquí están la capa, el sombrero y las llaves... por aquí el camino es mucho más largo, pero más seguro, saliendo por la puerta central diez minutos, por aquí en media hora. En el fondo del subterráneo espera el barquero. (Corriendo con la capa y el sombrero precipitadamente hacia Gilberto. Mirándole con sorpresa) ¡Cómo! (A Juana.) ¿No es Lord Clambrasil? ¿Así ejecutais las órdenes de la Reina? ¿Hacéis huir á otro en su lugar? ¿Al regicida? ¡Gilberto!

Juana Este hombre es inocente... todo fué una venganza para perder al favorito. (A Eneas.) Vos

y todos le odian. Dejad que caiga su cabeza. Tened compasión de mí.

Farn. Lady Juana dice la verdad; dadme esas prendas y echadme á mí la culpa del error. Ella y yo sufriremos la cólera de Su Majestad. Haced cuenta que nada habéis visto.

Eneas (Después de una vacilación.) ¡Tomad, Josué, y como vos decís... yo nada he visto! (Retirándose hacia el fondo con indiferencia.)

Juana ¡Ah! La Providencia nos proteje; ¡todos quieren salvar á Gilberto!

Farn. No, lady Juana; ¡todos quieren perder á Fabiani!

(Durante esta escena crece el tumulto.)

Juana Démonos prisa; Gilberto, ven.

Farn. Dejadle salir solo.

Juana ¿Separarme de él?

Farn. Un momento nada más. Pronto estaréis reunidos... Si queréis salvarle no le acompañéis. Venid conmigo. El por allí.

Juana Josué tiene razón. ¿Dónde me reuniré contigo, Gilberto?

Gilb. Bajo el primer arco del puente de Londres.

Juana Sal pronto; el ruido aumenta, ¡ah! ya quisiera verte lejos.

Farn. Aquí están las llaves. Al pie de este subterráneo estará el barquero, ya lo has oído. Junto á la puerta central encontrarás otra pequeña pintada de verde; por allí tienes que abrir y cerrar aún cuatro puertas hasta la orilla del río.

Juana ¡Cuatro puertas! ¡Dios Santo!

Gilb. (Abrazándola.) Adiós, Juana: algunos instantes de separación todavia y nos reuniremos para siempre.

Juana Para siempre. (Sale Gilberto.)

Farn. ¡Se ha salvado! Ahora nosotros cerremos... (Cierra.) Ya está, venid pronto, por aquí. (Mutis foro izquierda.)

Eneas (Solo.) Fabiani ha quedado en la trampa. He aquí una muchacha lista que Simón Bernard habría pagado muy bien... ¿Cómo le sentará á la Reina?... ¡Con tal que la culpa no recaiga sobre mí!

(Simón y la Reina entran precipitadamente por la galería; el tumulto exterior crece por momentos. Gritos

de muerte, ruido de las oleadas de la multitud, rumor de armas, tiros, ruido de caballos. Muchos caballeros con la daga en la mano acompañan á la Reina; entre ellos el Heraldo de Inglaterra con el estandarte real; el Heraldo de la Jarretierra con el de la orden.)

ESCENA X

La REINA, SIMÓN, ENEAS, LORD CLINTON, LORD CHANDOS, LORD MONTAGU, LORD GARDINER, los dos HERALDOS, CABALLEROS, PAJES, etc.

María (Aparte á Eneas.) ¿Ha huído Fabiani?
Eneas Todavía no; señora...
María ¿Todavía no? (Le mira con aire terrible.)
Gritos (Fuera.) ¡Muera Fabiani!
Simón El pueblo quiere la muerte de ese hombre; es preciso que Vuestra Majestad tome alguna resolución en el acto.
Gard. Cierto, señora; la Torre será asaltada sin remedio; la revolución es terrible. Los guerreros de la nobleza han sido destrozados en el puente de Londres; los pensionarios se sostienen aún, pero vienen de calle en calle buscando á Vuestra Majestad. Los partidarios de madama Isabel se han mezclado con el pueblo en favor de la sedición. ¿Qué dispone Vuestra Majestad?
Gritos ¡Muera Fabiani! (Se acercan y aumentan los gritos.)
María Milores, ¿oís ese pueblo que ruge? Es preciso saciar su furia entregándole un hombre.
Simón ¿Qué manda Vuestra Majestad?
María Parece que tembláis todos. ¿Será preciso, caballeros, que una mujer os enseñe á cumplir vuestro deber? A caballo, milores, á caballo; ¿os intimida acaso la canalla?
Chan. Impedid, señora, que la cosa vaya más lejos; ceded, aun es tiempo; todavía podéis llamar canalla á esos que gritan, dentro de una hora os veréis obligada á llamarlos pueblo. (Redobla y se arrecia la confusión.)
María ¡Dentro de una hora!

Clin. (Yendo y volviendo de la galería.) El primer recinto de la torre ha sido forzado: falta un paso para que lleguen aquí.

Gritos ¡A la Torre! ¡A la Torre! ¡Muera Fabiani!

María ¡Qué bien dicen que el pueblo es un monstruo! ¡Fabiani!

Simón ¿Lo queréis ver descuartizado en un instante?

María Caballeros; ¿sabéis que es indigno que no haya uno de vosotros que se mueva? Defendedme.

Gard. A vos, señora, sí; á Fabiani, no.

María Pues bien, lo digo en alta voz; Fabiani es inocente; Fabiani no ha cometido el crimen porque se le ha condenado. Yo soy con ese tallista Gilberto, quien lo ha hecho y lo ha inventado todo; es una farsa. Señor bailío, ¿os atreveréis á desmentirme? Es inocente, os digo; por mi cabeza, por mi corona, por Dios mismo, por el alma de mi madre, es inocente. Defendedle, Lord Clinton, destruid á ese populacho como destruísteis á Tom Wyat. Os juro que es falso que Fabiani haya querido matar á la Reina.

Clin. Pero ha querido asesinar á Inglaterra.

María Abrid, abrid el balcón. (Redoblan los gritos.) Quiero probar al pueblo que no es culpable.

Simón ¿Qué vais á hacer? Por su propio interés es temeraria vuestra idea.

Pueblo ¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel!

Simón Ved, señora, que ya gritan viva Isabel.

María ¡Dios mío!

Simón Escoged, señora. (Señalando el calabozo.) Una cabeza odiada al pueblo, ó esa (Señalando la que lleva la Reina.) corona á Isabel.

Pueblo ¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel! (Una piedra viene á romper los cristales.)

Mont. Vuestra Majestad se pierde, señora: han forzado el segundo patio. ¿Qué dispone Vuestra Majestad?

María Son todos unos malvados, y Clinton el primero. ¡Ya me acordaré!

Gard. ¿Qué resuelve Vuestra Majestad?

María ¡Oh, Dios mío! ¿Qué caballeros son estos? ¡Pueblo infame, quisiera pulverizarte bajo mis pies!

Gard. Señora, ¿resuelve Vuestra Majestad?

Simón Es preciso una resolución.

María Haced lo que querais: ¡sois un asesino! (Aparte) ¡Oh, Fabiano!

Simón Milord Canciller. Dadle al pueblo la nueva. Dominad el conflicto.

Gard. Heraldos: venid conmigo. Maese Eneas, abrid el mirador.

(Abre. El Canciller, con los heraldos á los lados, se asoma y óyese gran rumor fuera. Los heraldos dan al aire dos toques de clarín.)

Pueblo ¡Muera Fabiani! ¡Muera!

Gard. (En el balcón dirigiéndose al pueblo.) En nombre de la Reina... (Los heraldos tocan los clarines.) Habitantes de Londres: por nos, Canciller del Reino, hace saber nuestra graciosa Majestad que hoy mismo, esta misma tarde, apenas se escuche la oración, Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, cubierto de pies á cabeza por un velo negro, con una antorcha de cera en la mano y amordazado, será conducido desde esta Torre de Londres por Charin-Cross al Mercado viejo, para ser allí públicamente decapitado, en reparación de sus crímenes de alta traición y de atentado de regicidio contra el primer jefe del Estado y contra la personal real y sagrada de nuestra graciosa Majestad. (Aplausos fuera.)

Pueblo ¡Viva la Reina! ¡Muera Fabiani!

Gard. Y para que nadie alegue ignorancia, manda la reina que durante el tránsito del sentenciado, la campana de la Torre anuncie este acontecimiento. La primera campanada se oirá cuando salga de la Torre; la segunda, al pasar por Charin-Cross, y la tercera, cuando llegue al Mercado viejo. Así mismo el acto de la ejecución se anunciará por tres cañonazos: el primero, al subir al cadalso; el segundo, al arrodillarse, y el tercero, cuando caiga su cabeza. (Aplausos.) En señal de regocijo, esta noche su iluminarán la Torre y la ciudad de Londres. He dicho. Dios proteja á la antigua Inglaterra. (Aplausos.)

Pueblo ¡Viva María! ¡Viva la Reina! (Cierra el balcón y Simón se dirige á la Reina.)

Simón — Madama Isabel no me perdonará nunca lo que acabo de hacer.

María — Ni la reina María tampoco. Dejadme, caballeros; (Con gesto de desprecio.) id todos á preparar vuestra fiesta.

Simón — (Bajo á Eneas.) Maese Eneas, cuidad de la ejecución.

Eneas — No temáis; dejadlo á mi cargo.

Simón — (A los nobles.) Vamos, señores.

Gard. — Lord Montagú, mandad preparar la guardia y acompañamiento ritual del reo.

Mont. — ¿Deben venir directamente por esta sala?

Simón — Creo—con la venia de Vuestra Majestad—que deben subir á recogerle pasando por la escalera interior de Enrique VIII y bajar luego por esta otra, (Señalando la de la izquierda.) para desde aquí atravesar la sala de guardias y salir por el arco central. Será más corto el camino.

María — (Con desaliento.) ¡Que así se haga!

Mont. — Voy, pues, á prevenirlo todo.

Simón — Yo os acompaño, Milord, por si pueden seros útiles mis servicios.

María — (¡Ah, tigre!) (Todos saludan y salen por el fondo izquierda.)

ESCENA XI

MARÍA TUDOR y ENEAS

María — (A Eneas que va á marcharse.) Vos quedaos. (Después de mirarle fijamente.) ¿Cuál de las dos cabezas creeis, maese Eneas, que vale más en estos momentos? ¿La de Fabiani ó la vuestra?

Eneas — (Aterrado.) ¡Señora!

María — Juro que si Fabiani muere, maese Eneas, moriréis también.

Eneas — Reflexione Vuestra Majestad que mi situación...

María — Nada reflexiono. En este drama de la vida cada cual defiende la que le es grata. Salvadle y os salvais.

Eneas — ¡Salvar á Lord Clambrasil! ¡Imposible, señora! El pueblo está ahí... sobre las armas,

hasta que su ejecución se efectúe. Para apaciguar la sed de sangre de una multitud... es preciso verterla..

María — ¿Y quién dice que no se vierta? No te digo que le robes al pueblo el espectáculo, lo que quiero es que el protagonista sea... otro.

Eneas — ¿Otro?

María — La sentencia se cumple dentro de media hora; ya casi es noche. El reo irá cubierto, según costumbre, con un velo negro y amordazado... El pueblo á bastante distancia... ¡bastará con que vea caer una cabeza! Seguramente que no ha de ir en masa á destaparla para saciar su maldad con la vista de la horrible mueca de la muerte.

Eneas — ¡Ah, señora... creo comprender!... ¡Gilberto!

María — Tú sabrás lo que haces... ¡yo nada he dicho!

Eneas — (Mirando por el ventanal.) (Si estuviese todavía ahí el barquero... ¡le encargué que no se apresurase!... Gilberto salió por el subterráneo, no habrá llegado aún; por el paso central que da al río puedo alcanzarle, lo subo sin ser visto ..)

María — ¿Qué mascullas entre dientes?

Eneas — Os respondo que Milord Fabiani huirá.

María — ¿Respondeis?

Eneas — ¡Con mi cabeza! (Eneas hace mutis foro izquierda.)

ESCENA XII

AMY, MARÍA TUDOR, luego JUANA y JOSUÉ

María — (Viendo llegar á Mistres Amy.) ¿Qué acurre, Amy? ¿Por qué subes aquí?

Amy — Señora, creí morirme de espanto. La puerta central está materialmente bloqueada. Imposible salir. La guardia roja, con Duvelton al frente, acaba de formar, según órdenes de Lord Montagú, y esperan solo la llegada del verdugo para subir á buscar al sentenciado. Tuve miedo; pensé en el peligro que corría Vuestra Majestad y he subido á buscarla.

María — Nada temas. ¿No me ves tranquila?

Amy — ¡Oh, señora, qué caras! ¡Cómo piden la

muerte de ese hombre! Bien hacía yo cuando aconsejé á Vuestra Majestad la prudencia. Volvamos á palacio. (Señalando por la puerta secreta.) Señora... por aquí.

María — No; quiero esperar que llegue á su fin esta tragedia. Por aquí pasarán. De aquí no me muevo... (Se oyen rumores fuera.) ¿Qué es eso?

Amy — (Mirando por la izquierda.) Es el paso de la guardia, señora. Suben precedidos de Mac Dermotti...

María — (¡Dios santo! ¿Habrá podido Eneas... salvarle?... ¡Ah! los minutos me parecen siglos...)

Amy — Señora... partamos. Piense Vuestra Majestad que el peligro es grande.

María — ¿Quién se acerca? (Mirando.) Juana... ¡Pobre! ¡También ella lucha por su salvación!... Retirémonos, Amy; vamos á la galería; desde allí podremos ver mejor sin ser vistas...

(Se retiran por el fondo derecha. Juana y Josué salen por la izquierda. Este trae un farol pequeño, con el cual enciende el grande, que pende del techo.)

ESCENA XIII

JUANA y JOSUÉ

Juana — ¡La Reina!

Farn. — La leona que acecha.

Juana — ¡Pobre mujer! Vamos, Josué... vamos; me aterra verme aún en esta torre.

Farn. — Calma, lady Talbot... bien habeis visto, que los acontecimientos inesperados, han impedido que salieseis... Ahora es preciso dejar paso á la ceremonia. Cuando el reo salga, tendremos ruta libre.

Juana — Pero Gilberto me estará esperando. Busquemos un medio de... huir!

Farn. — Repito que es imposible. Están guardadas las salidas. Unicamente la que da al río, está franca, pero de esa puerta no tengo yo la llave... la tiene maese Eneas.

Juana — La proclama hecha desde ese balcón resuena aún en mis oídos... Es horrible, Josué, horrible.

Farn. — ¡Bah! ya la conozco.

Juana Con tal de que Gilberto no se impaciente. Porque estará en salvo, ¿verdad?

Farn. La torre ha sido cercada por el punto central, no por el lado del Támesis y aunque por el subterráneo el camino es largo y penoso, ya habrá llegado seguramente al embarcadero.

Juana Dios os oiga.

Farn. Nada hay que recelar. A estas horas esperará debajo del primer arco del puente de Londres, donde os reunireis con él, así termine el espectáculo. (Escúchase el sonido de un clarín y una campanilla.)

Juana ¡Cielos! ¿qué significa eso?

Farn. Apartémonos, lady; el condenado va á pasar por aquí.. Mirad, la leona recorre la jaula de nuevo.

(La Reina y Amy aparecen en el fondo pegadas á la pared y con los antifaces puestos.)

Juana ¡Jesús mío! ¡Qué espanto!

(Josué arrima á Juana á un extremo del primer término derecha. Pausa. Arriba se oye la voz del capitán Duvelton, que pausadamente y con voz entera pronuncia las siguientes frases.)

Duv. (Dentro.) Este hombre que viene detrás de mí, cubierto con manto negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, Conde de Clambrasil, que va á ser decapitado en la plaza de Londres, por crimen de regicidio y de alta traición. ¡Dios tenga piedad de su alma!

Juana (Espantada.) ¿Oís, Josué?

Farn. Milady, estoy acostumbrado á oirlo todos los días.

(Aparecen por el fondo Simón, Chandos, Gardiner, Montagú y Clinton.)

ESCENA XIV

DICHOS y SIMÓN, CHANDOS, GARDINER, MONTAGU, CLINTON y después el acompañamiento fúnebre del reo

Amy ¡Ah! Señora.

María Silencio.

(En lo alto de la escalera de la izquierda, aparece el

acompañamiento fúnebre que á continuación se expresa y que va descubriéndose á medida que baja. A la cabeza, el capitán Duvelton; detrás de él dos guardias rojos con dalmáticas abiertas en forma de casulla, negras, y una cruz blanca en el pecho, con lanzas enlutadas, detrás un hombre, (Gilberto) completamente cubierto con un manto negro que le arrastra; solo se descubre un brazo desnudo que sostiene un hachón de cera amarilla encendida. Detrás dos guardias rojos. A continuación el condestable Eneas, con su bastón blanco de condestable; y como remate dos guardias más, el verdugo y los heraldos, con clarines)

Juana — ¡Oh! ¡Mirad, Josué!

Farn. — Lady, conozco demasiado el espectáculo.

Juana — ¡Qué cosa tan terrible! Se me hiela la sangre.

Farn. — ¡Malvado Fabiani!

Juana — Basta de rencor; ese hombre va á dar cuenta al Todopoderoso de sus hechos.

(Al llegar al centro del escenario la comitiva se detiene un segundo. Duvelton, repite su proclama. Simón observa con extraña curiosidad al sentenciado y habla con Chandos y Gardiner.)

Duv. — Este hombre, que viene detrás de mí, cubierto con un manto negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, Conde Clambrasil, que va á ser decapitado (Continuando su marcha.) en la plaza de Londres, por crimen de regicidio y alta traición. (Ya dentro; foro derecha.) ¡Dios tenga piedad de su alma!

Simón — ¿Qué significa esto? Creí á Fabiani más alto. Sería posible que Eneas... la Reina le habló... ¡venid conmigo, señores!

(Lord Montagú y Clintón siguieron la comitiva, como igualmente la Reina y Amy. Chandos y Gardiner siguen á Simón que hace mutis por foro izquierda.)

Farn. — Ahora la campana grande, anunciará la salida de la torre. Quizá podamos salir en seguida. Esperadme aquí, voy á buscar medio de que salgais. Vuelvo al punto. Pensad que Gilberto espera.

Juana — ¿Gilberto? ¡Oh! sí, por él todo. Corred y no tardéis mucho. (Josué hace mutis cruzándose con la Reina que entra.)

María — ¿Seguís aquí, Lady Juana? Seguramente que

os ha espantado la ceremonia... (Riendo.) Nada temáis. Maese Eneas, nos había vendido. ¿Estás temblando? Ya os he dicho que nada debéis temer de mí. El amor nos ha unido. Somos hermanas.

Juana — Señora.

María — ¡Pobre Fabiano! Todo contra ti; el pueblo, el mundo..., pero el amor te salva. (Abre el balcón.) Ciudad infame, revoltosa y maldita, que empapas con sangre tus vestidos de fiesta y alumbras con antorchas al verdugo... (Mueras.) ¡Oye cómo ruge y ríe esa ciudad indigna! ¡¡Inglaterra!! ¡Londres te destruirá! ¡Oh! Cómo quisiera cambiar esas hachas en blandones y esas luces en llamas que redujeran á cenizas tus grandezas... Mira, allí, el odio fiero, triunfante, soberbio, poderoso y vencedor; aquí el amor inmenso de dos mujeres, venciéndole con la astucia y regocijándose en silencio de su victoria. (Suena la campana grande de la Torre.)

Voces — (Dentro.) ¡Ya sale..., ya sale! ¡Muera Fabiani!

Juana — ¡Gran Dios! (Al cesar el griterío la Reina se echa á reir á carcajadas.) ¿Os reís, señora?

María — Me río, sí. (Ríe.) Tú te reirás también; pero antes deja que cierre. Me figuro siempre que no estamos solas y que esa ciudad horrorosa nos ve y nos oye. (Cierra la ventana.) Ahora que ya ha salido y que no hay peligro, puedo decírtelo... Ríete, ríete como yo; burlémonos juntas de ese pueblo idiota que quiere beber sangre... ¿Tiemblas por Fabiano? Tranquilízate y ríe conmigo; el hombre que tienen entre sus garras, creyendo que es Fabiano... no es él. (Ríe.)

Juana — ¿No es Fabiano?

María — No.

Juana — ¿Quién es, pues?

María — El otro.

Juana — ¿Qué otro?

María — Ya lo sabes, ya le conoces; ese artesano, ese hombre, ¿qué importa?...

Juana — ¿Gilberto?

María — Ese...

Juana — ¡Oh! ¡Señora! No, no es posible... ¡Gilberto!... ¡Esto sería horroroso! ¡Si se ha fugado!

María Sí, quiso fugarse, pero Eneas lo ha vuelto á coger y le ha puesto bajo el velo negro en lugar de Fabiano; la ejecución es de noche, el pueblo no verá nada. Tranquilízate, Fabiani vivirá.

Juana ¡Qué me importa su vida, si Gilberto es á quien yo amo!

María ¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Tú deliras! ¿Gilberto el que amas?

Juana (Arrodillándose á sus pies y sollozando.) ¡En nombre del cielo, señora! ¡Por compasión, por vuestra madre! ¡Salvadle! Es preciso, señora, que hagáis suspender la ejecución; diferidla para mañana... el pueblo esperará... No quiero que vuestro Fabiano peligre, no; ponedme á mí en su lugar; bajo el velo negro nadie sospechará, pero salvad á Gilberto... ¡Hacedlo, por favor! Fabiano no correrá peligro; dejadme besar vuestras manos... ¡Una orden, una orden para suspender la ejecución! Todavía es hora de salvarle; la Torre está cerca del Mercado viejo; por compasión... tened lástima de mí. (Cayendo de rodillas.)

María ¡Bien quisiera hacerlo! ¡Lloras como yo lloraba! He sentido lo mismo que tú ahora, y los tormentos que he sufrido me hacen compadecer los tuyos... Se hubiera podido poner á otro en su lugar, á Tyrconnel, por ejemplo; pero era demasiado conocido; se necesitaba un hombre obscuro, y no había más que éste. ¿Lo entiendes?

Juana Si, señora, os entiendo, y yo también quisiera deciros otras cosas, pero la orden para suspender la ejecución debiera estar firmada y haber marchado ya el portador... (Campanada.) ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Esa campana... esa horrorosa campana!... ¡Cada uno de sus toques es un paso para el cadalso y una puñalada para mi corazón!...

María Lo que quieres es imposible, lady Juana.

Juana Sí, sí es posible; un hombre ágil... es corto el camino por el muelle; yo misma iré...

María El pueblo nos destrozaría... ¿No has oído el rugido de la bestia humana?... ¡Témele! ¡Ah! ¿Ya tiemblas, criatura?

Juana Tiemblo... de ira, ¡me dáis horror! ¿Y creeis

que le dejaré morir así? ¿Son en vano mis lágrimas?... ¿No me escucháis? Pues si la Reina no me oye, el pueblo me oirá... Voy á decirle que le engañan, que es Gilberto, un trabajador como ellos... y no Fabiani. ¡Veremos lo que hacen!

María (La coge del brazo con furia.) Detente, miserable, ¿te has vuelto loca? Mi amor es tan grande como el tuyo y mi brazo más fuerte. No lo harás. ¡Tu amante! ¿qué me importa á mí?... A despecho de todo salvo el mío como puedo: cada una que cuide del suyo.

Juana ¡Mujer infame, yo te maldigo!

María ¡Silencio!

Juana No, no quiero callar. Pero no, mentís, no es Gilberto el condenado... no lo es..

María ¿Qué dices?

Juana Digo que le he visto pasar bajo aquel velo negro, y si hubiese sido él, una voz interna, la voz del alma, se habría levantado en mi corazón para decirme: «¡Es Gilberto, sálvale!» Mi corazón sólo sintió el temor de la escena que presenciaba. No, no es él.

María ¿Estás loca? Lo que dices me espanta. Despierta en mí una terrible duda... Si Eneas fuese un traidor... Simón estaba con él... ¡Quiera Dios que no me hayan vendido! (Pausa.) ¡Ah! pero pronto cesará esta angustia... (Llamando.) ¡Eh! No hay aquí nadie... ¡Hola! .. ¡Venid! (A Josué, que sale.) ¿Vos? Corred... aquí está mi anillo real. Decid que se suspenda la ejecución. A escape... al Mercado viejo. ¿No decías tú que hay un camino corto? (A Juana.)

Juana Sí, señora, por el muelle. Corred, Josué... yo os lo suplico...

María Inmediatamente .. ¿No comprendes nuestra angustia? (Josué hace mutis.) ¡Ah! tiemblo. Mis rodillas se doblan. Me vuelvo loca como tú, y como tú me maldices... te maldigo. ¿Llegará á tiempo ese hombre? ¡Qué horrible angustia! ¡No veo nada! ¡Se turba mi vista! (Campana.)

Juana ¡Ah!

María ¡Ah! ¿Por quién toca esa campana? ¿Por Gilberto ó por Fabiani?

Juana Ya cesa.

María Han llegado al Mercado. El hombre no habrá salido aún de la Torre. (Cañonazo.)

Juana ¡Cielos!

María ¡Ya sube al cadalso! (Cañonazo.) ¡Se arrodilla!

Juana ¡Señora... señora!... (Cañonazo.)

María Todo acabó. (Pausa larga. Oyese la campana doblar hasta el final.) Ya no existe más que uno. Pronto sabremos cuál de los dos... ¡Dios Todopoderoso, haz que Fabiani haya huído! (Pausa larga.)

(Por el fondo entran Simón y Josué, que conducen á Gilberto. Juana al verlo se precipita en sus brazos y le cubre de besos. La Reina se incorpora como una fiera herida y retrocede, después de convencerse de que es Gilberto el que ha entrado.)

Juana ¡Gilberto!

Gilb. ¡Juana!

María ¡El!... ¡El! (A Simón.) ¿Y... Fabiani?

Simón Muerto.

María ¿Muerto? ¡Ah!... ¡Sea! Ahora el cadalso para ti... (A Gilberto.)

Simón Perdone Vuestra Majestad. Este hombre está libre.

María ¿Quién lo dice?

Gilb. La Reina. (Leyendo un pergamino.) «Declaro que Gilberto el tallista es inocente del crimen que yo misma le imputé; en consecuencia, vengo á disponer su perdón y libertad absoluta, castigándole con destierro. Nos, *María Tudor*, Reina.»

María ¡La firma en blanco de Fabiani! ¿Quién se ha atrevido?

Simón ¡¡Yo!! ¡He salvado á Inglaterra! (Telón.)

FIN DEL DRAMA



Precio: DOS pesetas